

Entrevista

Antonio Navarro Wolff/

Rubén Jiménez Ricárdez

M-19: paz y guerra en Colombia

Colombia atraviesa por un intenso y complejo periodo de enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución. Transcurre por los derroteros que determina su específica circunstancia nacional y sus propias tradiciones de lucha. Pero ese proceso forma parte, al mismo tiempo, de la oleada revolucionaria que, a través de victorias y derrotas de las clases subordinadas, sacude al mundo subdesarrollado —y en particular a América Latina— desde el inicio de la década de los setenta. En el caso de Colombia hay que anotar como mérito de las fuerzas revolucionarias el haber sabido conducir la lucha al alto punto en que ahora se encuentra.

Por la novedad y lo imaginativo de sus formulaciones y de su práctica, por su heterodoxia, por asentar sus planteamientos político-ideológicos —nacionalistas e internacionalistas— en lo más avanzado del pensamiento bolivariano; pero también por su demostrada capacidad para aplicar la teoría militar de las revoluciones a la situación de su país, el Movimiento 19 de Abril (M-19) destaca entre las organizaciones revolucionarias de los colombianos. Organización capaz de desarrollar grandes acciones militares, se convirtió también, desde 1980, en la principal impulsora de una política de paz. Las propuestas del M-19 abrieron paso a un periodo político singular cuya característica más sobresaliente fue la paulatina conformación de un poderoso movimiento de masas, democrático y antioligárquico, bajo conducción revolucionaria. Ese periodo lo clausuró la masacre del Palacio de Justicia organizada por el ejército y el gobierno de Belisario Betancur.

En esta entrevista, el comandante Antonio Navarro Wolff, miembro del Mando Central del M-19, hace un balance político y militar de todo ese periodo, habla de las características que distinguen al M-19, del proceso unitario que protagonizan las organizaciones político-militares, de las perspectivas de la revolución colombiana y de un nuevo proyecto bolivariano para la cuenca del Pacífico de Sudamérica. Cabe aclarar que esta entrevista se realizó en diciembre de 1985, después de la matanza del Palacio de Justicia de Bogotá y antes de la muerte de Álvaro Fayad, hasta entonces principal dirigente del M-19.

RJR. ¿Podrías empezar explicando la toma del Palacio de Justicia, situándola en el contexto del enfrentamiento que se verifica en Colombia? Vista desde fuera, esa acción se interpretó no sólo como una medida desesperada sino además como un error político del M-19.

ANW. La toma del Palacio de Justicia cambió definitivamente la situación político-militar de Colombia. La cambió porque se inscribe en una serie de acontecimientos que se desataron durante el último periodo del proceso de paz. Contextualicemos. La lucha por la bandera de la paz, que fue el centro de la política colombiana durante los últimos cuatro años, llevó a que guerrilla y oligarquía, a que movimiento popular y oligarquía, confrontaran de una manera especial el llamado proceso de paz. Una vez rotos múltiples veces los compromisos por parte de la oligarquía, el movimiento popular alzado en armas (de nueve organizaciones, ocho) consideró que las condiciones políticas exigían retomar la

lucha armada. Pasar de las posiciones defensivas que implicaba la tregua a posiciones ofensivas político-militares. Y, desde junio de 1985, eso sucedió prácticamente con todas las organizaciones, excepto con las FARC. Se inició entonces un proceso de ascenso de la lucha que aumentó sostenidamente la cantidad y calidad de los enfrentamientos guerrilleros, que produjo una mayor polarización de las fuerzas y fue desnudando cada vez más el contenido reaccionario de la política que el gobierno había llamado política de paz.

Técnicamente la tregua se había roto desde diciembre de 1984, a raíz del ataque masivo del ejército a nuestro campamento en Yarumales. Pero hasta seis meses después nosotros mantuvimos nuestras armas quietas, mantuvimos una actitud defensiva militarmente hablando porque aún había un espacio político para moverse, al cual nos vamos a referir después. A partir de junio volvimos a operar militarmente a la ofensiva. Pero ahora, por primera vez en la historia del país, es una lucha sobre la base de una unidad guerrillera creciente; por primera vez, la lucha no se desarrolla en las zonas aisladas y marginadas sino que tiene su epicentro en la segunda zona geopolítica de Colombia, el Valle del Cauca, región muy poblada y de gran desarrollo agroindustrial; por primera vez en la historia del país se lucha con grandes contingentes de guerrilleros juntos que emplean una nueva táctica y nuevos medios técnicos. Una serie de operaciones muestran el ascenso de la lucha armada, la apertura de este nuevo periodo. Entre finales de junio y los primeros días de julio, la toma de una serie de pueblos en el Valle, en el Cauca, en el Tolima y en el Quindío, en la zona mencionada, sobre la Cordillera Central. En septiembre, unas emboscadas exitosas. En agosto se produjo la muerte de Iván Marino Ospina —que había sido nuestro Comandante General y en ese momento era miembro del Mando Central de la organización—, primer contragolpe de cierto peso y hasta ese momento única victoria del enemigo. De finales de septiembre a principios de octubre se realizó la Campaña “De pie Colombia”, que duró dieciséis o diecisiete días, y durante la cual 750 guerrilleros operando juntos en la misma zona geográfica, es decir, a muy corta distancia uno del otro, derrotaron la más grande campaña contra guerrillera que se había lanzado hasta ese momento: le causaron al enemigo más de 120 bajas, recuperaron alrededor de 60 o 65 armas y cogieron quince prisioneros que —también por primera vez en la historia de Colombia— fueron después entregados, a la Iglesia católica porque no se pudo entregarlos a la Cruz Roja. En octubre, por primera vez también, se atacó con éxito un cuartel contra guerrillero de tropas de élite, en Armenia: se destruyeron las instalaciones del cuartel y se le causaron más de un centenar de bajas, entre muertos y heridos, a las fuerzas enemigas; nosotros tuvimos tres bajas.

Hasta ese momento la lucha se había circunscrito fundamentalmente al área geopolítica de la que hablamos. Era necesaria, entonces, una operación que cumpliera dos funciones: la primera, servir de síntesis militar de todo este proceso, al cual, por haberse desarrollado en una sola región del país y en las zonas rurales, le había puesto sordina la propaganda y el silencio de la oligarquía; la segunda, que sirviera para clarificar lo que había pasado con el proceso de paz y la responsabilidad de la oligarquía sobre su manipulación y su fracaso. Nosotros creemos que lo que fracasó no fue la paz sino el proyecto de paz de la oligarquía. Pero el control de medios de comunicación, la propaganda, había creado una gran confusión entre el ciudadano medio sobre el proceso y las razones de su fracaso, del cual se acusaba a la guerrilla. Esos dos eran los objetivos principales de una operación que tenía que hacerse en Bogotá, porque en Colombia lo que pasa en Bogotá pasa en todo el país. Esos dos eran los objetivos de la operación del Palacio de Justicia. En su contenido político-militar, se trataba de una operación muy audaz, en el corazón de Bogotá, en la zona

más resguardada del país, a doscientos metros del Palacio de Gobierno.

La operación se hizo escogiendo muy bien el objetivo militar y su primer desarrollo táctico fue impecable. Los compañeros consiguieron, en doce minutos, el control completo de un edificio de cuatro plantas y de ciento cincuenta metros de largo sin dificultades militares esenciales y prácticamente sin bajas. Desde el punto de vista político, lo que se exigía para resolver la situación militar creada era muy simple: la publicación de una serie de documentos y su difusión por los medios masivos de comunicación. Documentos oficiales (excepto una proclama del M-19) que acusaban al ejército de ser el causante de la violación y de la ruptura de la tregua, porque eran actas de las comisiones de Verificación y de Diálogo que habían investigado los incidentes que se habían presentado durante la tregua. Todas esas actas acusaban al ejército de ser el culpable de lo que estaba sucediendo.

RJR. ¿Quiénes integraban esas comisiones? Es importante aclararlo porque hay confusión acerca de lo que representan los documentos. Se ha afirmado, incluso, que tales documentos son públicos.

ANW. Las comisiones estaban conformadas por ciudadanos de la más heterogénea composición. Había periodistas, artistas, intelectuales, políticos, gente de izquierda, gente de derecha, gente no comprometida políticamente, y en cada comisión había por lo menos un miembro de la guerrilla. Las comisiones intentaban, en el momento en que fueron creadas, ampliar la base social del proceso de paz, pero tenían además la función de verificar dicho proceso. Los documentos eran conocidos sólo por los miembros de la comisión. Pero la gran mayoría de la población, el gran público, se informaba por lo que decía la radio, la prensa o la televisión y no por lo que decían los documentos. Nosotros ya habíamos solicitado que los documentos se publicaran, y no sólo nosotros. Incluso miembros conservadores de la comisión, del partido del Presidente de la República, como el senador Alvaro Leyva Durán, habían solicitado la publicación de esos documentos. El gobierno respondió que no los publicaba porque iba a esperar que la historia los pusiera en una nueva situación. Los querían volver historia patria porque su publicación, en ese momento, habría desbaratado la campaña de propaganda oficial de que había sido la guerrilla la culpable de que el proceso no funcionara, particularmente la guerrilla que no había seguido en tregua, y sobre todo el M-19.

El objetivo político de la operación, pues, no incluía ninguna solicitud exagerada. Incluso, respecto de la presencia del Presidente de la República —algo que se ha discutido—, lo que se exigía era la presencia del presidente en el debate y no en el Palacio de Justicia.

RJR. Pero ¿qué determinó que se tomara precisamente el Palacio de Justicia?

ANW. Yo no participé en la planificación de la operación, entre otras cosas porque no me encontraba en el país. Pero pienso que hubo razones técnico-militares en primer lugar, y políticas en segundo. El Palacio de Justicia era una fortaleza, y la Corte, una de las últimas, si no la última institución respetable que tiene el país. Yo pienso que ese carácter de institución respetable primó cuando los compañeros evaluaron la posibilidad de una salida política a la acción militar, que era la única salida que no habría terminado en un holocausto.

RJR. En Colombia el Poder Judicial mantenía una posición autónoma y progresista. El presidente de la Corte Suprema, Alfonso Reyes Echandía, quien murió en el Palacio de Justicia y cuyos llamados a negociar fueron desoídos por Betancur, era un hombre prestigiado en los medios jurídicos de América Latina. Se ha dicho incluso que él jugó un papel importante en la resolución del Consejo de Estado del 27 de junio de 1985 que condenó por torturador al actual ministro de Defensa, general Vega Uribe.

ANW. Bueno, no. El Consejo de Estado es la máxima institución administrativa del país. Juzga las relaciones entre el Estado y los particulares, el comportamiento de los funcionarios públicos frente a los ciudadanos. La Corte Suprema de Justicia tiene el control constitucional y además es la última instancia en los procesos civiles, laborales, penales. En el proceso contra Vega Uribe no participó la Corte sino el Consejo de Estado. Pero es cierto, el Poder Judicial —con algunas manchas— ha mantenido una posición relativamente progresista.

RJR. ¿Y no se calculó que al tomar el Palacio de Justicia se presentaba un flanco muy débil, pues la guerrilla se unía en un mismo lugar, por decirlo así, con miembros de una institución que mantenía fuertes contradicciones con el ejército?

ANW. No. Podría considerárseles enemigos del ejército, pero se valoró lo que significaba la Corte Suprema de Justicia en un país que ya no cree en nada y al cual sólo le quedan dos instituciones: la Iglesia católica y la Corte de Justicia. Se valoró, pienso, que para el gobierno en su conjunto, y no solamente para los militares, iba a tener un alto costo político —como en efecto lo tuvo— agredir a la Corte Suprema de Justicia y al Consejo de Estado. La operación no estaba diseñada para que se produjera una masacre como la que se produjo, no era una operación suicida. La agresión contra la Corte, por sus características y por quiénes fueron los agredidos, cambió la situación del país: hoy Colombia es diferente de lo que era antes de esa operación. Pero a ninguno nos gusta que haya pasado lo que pasó, nosotros no estamos menos acongojados de lo que está tanta gente en América Latina y en Colombia por lo que ha pasado. Pienso que, cuando se hizo la valoración inicial de la operación, tal vez fueron subestimadas las probabilidades de que se produjera una masacre. Se creyó, quizás, que había mayores probabilidades de una mejor salida: Belisario había mostrado hasta ese momento ser un contrincante muy inteligente, capaz de encontrar una solución inteligente al problema del Palacio, como las había, pues el análisis a posteriori demuestra que la única que no era solución era la masacre. Con ella, el proyecto que Belisario representaba desapareció de la escena, se polarizó al país y se viene un proceso de enfrentamiento general. En todo caso, Colombia es otra.

Belisario y el ejército se lanzaron a una operación que buscaba fundamentalmente producir terror, escarmentar no sólo al M-19 sino a la población. Con ella se abre una era de gran agresividad de la oligarquía hacia el movimiento popular, pero los colombianos no vamos a dejar que nos coma el tigre. En Colombia, todos los intentos de exterminar a sangre y fuego a sectores importantes de la población terminaron en guerras civiles y con la derrota de quienes lo intentaron. Ya en la época de la Violencia, de 1949 a 1953, quedó claro que el Estado no puede atacar al pueblo. Si ahora se lanza (como se ve venir) a una campaña de exterminio de todas las formas de rebelión de la población, en Colombia se va a producir una guerra civil que terminará con la derrota del proyecto guerrillista de la oligarquía.

RJR. ¿Y las secuelas de la masacre?

ANW. La operación del Palacio de Justicia fue un shock, porque en América Latina no se había visto algo tan brutal. Fue una operación brutal, en 26 horas, contra todos los valores institucionales del país que, sintetizados en el Palacio de Justicia, fueron aplastados allí. Eso produjo un shock. La primera reacción del país fue de horror, de rechazo a todos los que habían tenido algo que ver, o sea, al ejército, a Belisario Betancur y su gobierno y a la guerrilla. Una vez pasado ese shock inicial, el país empezó a pensar, se inició una reflexión colectiva sobre las responsabilidades de lo que había pasado y comenzaron a presentarse fisuras entre los sectores de las clases dominantes. Pero cuando estaba surgiendo el juicio

político contra Belisario y se había iniciado ya un debate en el Congreso —en donde hubo sectores del Partido Liberal que condenaban a la guerrilla pero responsabilizaban al gobierno e incluso querían pedir la renuncia del presidente—, sucedió otra desgracia: en este caso fue la desgracia natural de la erupción del Volcán del Ruiz, que sepultó a la ciudad de Armero y produjo otra vez un clima psicológico de desesperanza y de desgracia. El gobierno intentó usarlo para tapar lo del Palacio, y en el corto plazo lo logró.

Pero la extrema debilidad de Belisario y de los aparatos políticos, permitió que el ejército ocupara un lugar más preeminente en el escenario nacional. Así, asume con mucha mayor agresividad lo que venía haciendo con más tino: el exterminio del M-19 es, desde hace seis o siete meses, el objetivo número uno del ejército. Antes intentaba cumplirlo con inteligencia, mediante una guerra limitada y selectiva: matando catorce dirigentes del M-19 para descabezarlo y acabar con el movimiento. Pero a partir del Palacio de Justicia el ejército se desbocó; ahora busca nuestro aplastamiento absoluto no importa a qué costo político.

RJR. ¿Ello a qué obedece? ¿Al ascenso de la lucha armada, a un cálculo estratégico del ejército?

ANW. El ejército dice públicamente que es capaz de exterminar a la guerrilla en seis meses. Es ese cálculo estratégico el que orienta el desarrollo de la situación política, y el incremento de la lucha guerrillera ha llevado al ejército a soltarse las amarras de la inteligencia y a aplicar la más pura brutalidad. Lo que sucedió en el barrio Siloé, en Cali, en donde lanzaron cinco batallones, tanques, helicópteros y artillería contra cien mil personas que allí viven y apoyan al M-19 y a la guerrilla, es una muestra del nuevo enfoque de lucha antipopular del ejército. En Colombia se va a abrir un periodo de guerra civil en donde la represión sin amarras perderá toda justificación y el desarrollo de las fuerzas revolucionarias se hará sobre una nueva razón, sobre un nuevo derecho, sobre una nueva legitimidad.

RJR. Para concluir este punto, ¿quieres aclarar la composición del comando que participó en la toma del Palacio de Justicia, la importancia de las pérdidas para el M-19 y el efecto moral de la masacre?

ANW. El enemigo lanzó la idea de que la destrucción del M-19 era muy grave, y que era la última gran operación que podía hacer. El comando era un comando de 35 compañeros, fundamentalmente gente de Bogotá. Cinco de ellos eran miembros de la Dirección Nacional, que tiene más o menos noventa integrantes, y dos eran miembros del Comando Superior, que contaba con diecinueve. Había cuadros políticos muy importantes, como Andrés Almarales y Alfonso Jacquin, y cuadros militares especializados en este tipo de operaciones, como Luis Otero. Son pérdidas muy importantes, son irremplazables. Pero a pesar de eso no está afectada estratégicamente la conducción, la dirección general, la conducción político-militar del M-19. La gran masa de pérdidas, a nivel de los combatientes, es de Bogotá; allí no participó la fuerza militar rural, ni las fuerzas especiales, ni gente del resto del país. Excepto la estructura de Bogotá, el resto de las estructuras están intactas.

El más grande de todos los efectos, a nivel interno, es el heroísmo de los compañeros. Yo me siento orgulloso, hoy más que nunca, de ser miembro de una organización que está produciendo esa clase de gente. Treinta y cinco compañeros, durante 27 horas, fueron capaces de aguantar con éxito a tres o cuatro mil soldados con todo el armamento y con un poder de fuego superior, y al llegar al punto en que no había sino la rendición o la muerte, prefirieron la muerte. Eso es poner las cosas a un nivel tal, que son raros los momentos

históricos en el mundo cuando en las confrontaciones se llega a esos niveles de heroísmo. Ese ejemplo está produciendo efectos internos; es un ejemplo que indica: “ésa es la raya, a ese nivel, nadie puede estar por debajo de ella”. Además, no se llegó allí en el Palacio, se había llegado ya cuando Iván Marino Ospina y un compañero que estaba con él aguantaron durante tres horas contra un operativo militar, en Cali, en donde el ejército detectó la casa y los cercó. No siempre el efecto de las muertes es un efecto negativo; depende de cómo se muera, y en este caso yo pienso que son positivos, en la moral de los combatientes, el heroísmo y la eficacia mostrados por los compañeros. A ellos no los aniquilaron de dos papirotazos; el ejército tuvo que emplear todo lo que tenía en Bogotá y sus bajas tienen que haber sido muy grandes también, mucho mayores de lo que reconocen.

LAS VICISITUDES DE UN PROCESO DE PAZ

RJR. ¿Cómo se originó el proceso de paz?

ANW. Los antecedentes del proceso de paz hay que buscarlos en otra operación político-militar de gran envergadura: la toma de la embajada de República Dominicana en 1980. Los efectos políticos de esa operación llevaron al centro de la opinión nacional el problema de los presos políticos, de la aplicación de la teoría de la seguridad nacional, del estatuto de seguridad, de los derechos humanos, el problema de las libertades políticas en el país. Todo ello se convirtió en el centro del debate político nacional y se empezó a buscar una salida a esos problemas. La salida se sintetizó en un proyecto de paz de tres puntos que presentó el M-19, en 1981, amarrado a un proyectil de mortero con el que se atacó al palacio del Presidente de la República, en ese entonces Julio César Turbay. La propuesta era: levantamiento del estado de sitio, o sea, retorno a la normalidad civil; amnistía general y sin condiciones para presos y perseguidos políticos; y diálogo nacional, entendido como un gran esfuerzo orientado a buscar un consenso para solucionar los problemas políticos, económicos y sociales más graves del país por vía democrática, es decir, el objetivo del diálogo nacional era el diseño de la apertura democrática con participación de todos los sectores nacionales. Esa propuesta de paz centró la atención nacional. Y las elecciones que se realizaron en 1982 —unos ocho o nueve meses después—, durante las cuales los candidatos con más peso electoral fueron Alfonso López y Belisario Betancur, tuvieron como centro fundamental la solución al problema de la paz. La oligarquía se vio obligada entonces a enfrentarse al problema de la paz; se veía obligada porque la opinión pública así se lo exigía, porque estaba perdiendo toda legitimidad frente a la guerrilla que hablaba de paz mediante una propuesta concreta, mientras que la oligarquía no tenía nada que mostrar porque nunca había hablado de paz.

RJR. Pero Betancur levantó expectativas desde su misma campaña.

ANW. Ambos candidatos hablaron de paz durante la campaña. Pero Belisario representaba una alternativa diferente a los gobiernos liberales oligárquicos y, además, el país no había quedado nada satisfecho con el primer mandato de López Michelsen y era a la reelección de López a la que Belisario se estaba oponiendo. Tal vez López tuvo propuestas más claras y más concretas sobre la paz que las de Belisario durante la campaña, aunque ninguna tan clara y tan precisa como la del M-19. Belisario llegó al gobierno el 7 de agosto de 1982, y tuvo que enfrentarse, primero que todo, al problema de la paz. En un acto de zancadilla, Turbay Ayala levantó el estado de sitio quince días antes de la posesión de Belisario, y así éste ya no pudo llegar a cumplir el primero de los tres puntos propuestos, y

tuvo que dar el paso siguiente, la amnistía general y sin condiciones. La amnistía fue un hecho concreto de victoria del campo popular, como también por supuesto el levantamiento del estado de sitio; pero la amnistía sobre todo, porque sirvió para que se pusiera en libertad como a cuatrocientos presos políticos. Belisario intentó en ese momento dejar ahí su proceso de paz. En un banquete en el Hotel Tequendama dijo que se trazaba una raya, que hasta allí había dado su gobierno y que no iba a dar absolutamente nada más, que la guerrilla que no se legalizara con la amnistía iba a ser combatida por las fuerzas armadas. Desde ese momento fue claro el diseño del proceso de paz de Belisario. Ese diseño, que tenía como objetivo el desarme de la guerrilla, implicaba un modelo parecido al de la paz en Venezuela, o sea, a cambio de la legalización de los guerrilleros éstos debían deponer las armas de manera permanente. Eso se discutió mucho en el país, pero desde el principio quedó claro que esa propuesta no obedecía a la situación real del movimiento armado en Colombia, ni del movimiento popular.

RJR. ¿Cuánto tiempo dura ese forcejeo?

ANW. La amnistía se produce en noviembre de 1982. En ese momento Belisario traza la raya y no reabre negociaciones hasta finales del año siguiente. En la discusión, nosotros decíamos: “Colombia es un país que no tiene una guerrilla derrotada sino una guerrilla en ascenso, en desarrollo”. En Colombia, además, el régimen político es sumamente excluyente de alternativas aun dentro del establecimiento. Es un régimen bipartidista curioso: en la mayoría de los países de América Latina ha habido renovación política, mientras en Colombia tenemos todavía los partidos del siglo XIX; los partidos Liberal y Conservador vienen desde 1849-1850. Prácticamente los últimos 35 años ha sido un país gobernado bajo el imperio del estado de sitio. El control de los medios de comunicación de masas es absoluto, en manos de la oligarquía, de la burguesía. Las instituciones políticas son muy poco abiertas, no hay elección de alcaldes ni de gobernadores; solamente se vota por Presidente de la República y por el parlamento y la Constitución muestra un Estado con un gran poder presidencial, pues el presidente nombra a todos los gobernadores y a todos los alcaldes. Es cierto que en medio de un forcejeo político, y como medida desesperada de legitimación, al finalizar la legislatura de 1985 se aprobó un proyecto de elección popular de alcaldes, pero sólo a partir de 1988. El parlamento está completamente desdibujado como poder independiente; legitima las leyes que le presenta el Ejecutivo y controla que no se produzcan leyes progresistas, pero no las elabora como en el pasado: desde que con la reforma de 1968 perdió la iniciativa parlamentaria, las leyes las elaboran las oficinas técnicas del Ejecutivo. Y aunque pasan por el parlamento para su aprobación, las elabora el gobierno, también mediante las llamadas “facultades extraordinarias” que el Congreso otorga al presidente, o a través de los mecanismos del estado de sitio. El papel del Poder Judicial es muy menor. Es un poder relativamente independiente y serio, pero debido a los mecanismos del estado de sitio, los juicios que realmente tienen importancia pasan a manos de la Justicia Penal Militar. El Poder Judicial es la cenicienta de los poderes públicos: los jueces son los más desprotegidos y los peor pagados, sus oficinas son las más malas y feas, así que de los poderes públicos es el más digno pero el que tiene menos poder real.

En un país con una guerrilla en desarrollo y con un régimen excluyente y rígido, no era posible vender la vía venezolana, llamémosla así. El derecho a salir a las plazas públicas sin que lo mataran a uno o sin que lo metieran preso, no era suficiente para deponer las armas, que en el país han sido el instrumento más eficaz para hacer política en los últimos años. No sólo como instrumento estratégico para derrotar a la burguesía, sino como instrumento táctico-político. La propuesta de Belisario de convertir la amnistía en el único elemento, no

podía ser la vía de la paz en Colombia. Era necesario un diálogo nacional para producir la concertación que permitiera la apertura política y unas mínimas reformas económicas y sociales. Rendimos y entregar las armas no lo incluimos nunca entre nuestras expectativas, ni tampoco la oligarquía lo esperaba.

RJR. Ese primer periodo incluye pues un intento de cerco político a la guerrilla.

ANW. Fue un intento de cerco político, evidentemente, con el mínimo de concesiones: soltar los presos. La amnistía la presentó el gobierno como un acto soberano suyo, sin negociar con nadie. E intentó que ese acto fuera suficiente para obligar a la guerrilla a legalizarse, por efecto de la presión de la opinión pública, a cambio de eso solamente. En 1983 continuó la lucha armada a pesar de la amnistía. Luego de un año en que hubo operaciones militares de relativa importancia, como la primera toma de una capital departamental, se abre de nuevo la negociación, incluyendo ahora, además del M-19 (con quien se estaba negociando inicialmente), a otras organizaciones guerrilleras: las FARC, el EPL, el ADO, que es una organización muy pequeña. La participación de otras organizaciones, si bien le dio más fuerza y apertura al proceso, también incluyó motivos de conflicto y debilidad porque no se logró la identidad para negociar un solo acuerdo de paz. Las FARC negociaron uno, y nosotros tres (ADO, EPL y M-19) negociamos otro; el de las FARC no incluía el diálogo nacional, porque si bien consideraba necesarias las reformas económicas, políticas y sociales, sostenía que no debían pactarse con nadie sino luchar por ellas, y que era suficiente para el periodo con la libertad de salir a las plazas públicas. La historia demostró que el diálogo sí fue un instrumento eficaz de hacer política, así no sirviera para lo que estaba diseñado porque la oligarquía quiso obtener la paz al mínimo costo, casi gratis. Pero sirvió en la medida que permitió a la guerrilla ponerse en contacto con sectores independientes y democráticos que estaban fuera de la política porque no pertenecían al bipartidismo; mostró que había un país por fuera de las instituciones políticas y permitió el encuentro con ese país.

En los primeros meses de 1984 se firma el acuerdo con las FARC, en el que se decreta un cese al fuego, pero no pasa de ahí. Luego, en agosto del mismo año, se firma el acuerdo con el M-19 y con el EPL en el cual, sí, de manera taxativa, el gobierno se compromete, además de cesar el fuego, a realizar el diálogo nacional. Hasta el momento de la firma de este último acuerdo, el proceso era de apertura de la vida política (no decimos de apertura democrática porque no había reformas ni nuevas leyes) y los guerrilleros supuestamente podíamos salir a las ciudades. Sin embargo, hasta entonces, nadie de las FARC había salido, y fuimos nosotros —el EPL y el M-19— los primeros en dirigimos a las ciudades a hacer política. Pero lo que pasó en Corinto a la firma del acuerdo asustó a la oligarquía, porque allí, durante nueve días, hubo una comunión entre el pueblo y la guerrilla. Por Corinto pasaron unas 400 o 500 mil personas en esos nueve días, gente de todo el país pero especialmente de esa zona del Valle y del Cauca en donde estamos combatiendo hoy; la gente iba a sacarse fotos con los guerrilleros y había tarifas: de 300 pesos si era con un guerrillero común y de 500 si era con un comandante, había baile, fiestas, todo el mundo esperaba que uno le cargara el niño, todo el mundo quería ir allá. Eso asustó a la oligarquía. Le puso volumen a voces oligárquicas que ya estaban contra el proceso de paz, pero eso definitivamente los asustó porque demostró de manera tangible y palpable que la guerrilla sí tenía un gran prestigio de masas, que la guerrilla en Colombia era un fenómeno no solamente campesino sino nacional. Mostró que la lucha por quedarse con las banderas de la legitimidad y de la paz, que el gobierno creía muy adelantada —es decir, creía muy adelantado su intento de derrotar políticamente a la guerrilla por la amnistía y por la firma

de los acuerdos—, no era suficiente pues la guerrilla contaba con un respaldo mucho más sólido del que había calculado. Empezó entonces el proceso no de apertura democrática sino de cerradura democrática. A partir de Corinto se alzan las voces de la oligarquía en contra del proceso de paz y empieza a cerrarse la diferencia entre el sector oligárquico inclinado a una solución política y el sector oligárquico inclinado a una solución militar.

RJR. ¿Puedes caracterizar a uno y otro sector y explicar sus proyectos?

ANW. Al final del gobierno de Turbay había dos proyectos políticos en la oligarquía. Uno, el de lo que podríamos llamar la oligarquía reformista, decía: frente al fracaso de la política de seguridad nacional, del estatuto de seguridad, de la represión, de las torturas; frente al fracaso de treinta años de lucha contra guerrillera armada, intentemos una vía política para derrotar a la guerrilla. Belisario Betancur era la cabeza de este grupo cuya composición social no es muy clara. En él había liberales, conservadores, ganaderos, industriales, un sector de la burguesía financiera; aunque la mayoría de los sectores hegemónicos de la burguesía financiera veían con mucha reserva el proceso, inicialmente fueron neutralizados por el éxito político que alcanzó la propuesta de Betancur. Los expresidentes en general, excepto Turbay, apoyaron el esfuerzo y eso le creó un consenso interno bastante grande al proceso, al enfoque de derrotar políticamente a la guerrilla.

El otro proyecto lo encabezaban las fuerzas militares y algunos sectores ultra reaccionarios. Este grupo quedó arrinconado al principio del gobierno de Belisario; tanto, que contempló el sacrificio de uno de sus líderes, el general Landazábal, entonces ministro de Defensa y uno de los militares más prestigiosos que ha tenido el ejército en los últimos veinte años. Cuando Landazábal se opuso a que se abriera cualquier tipo de negociación con la guerrilla, el sector de Belisario lo sacó del ejército y lo mandó a una embajada. Pero la solución reformista, para llamarla de alguna manera, empezó a enfrentarse con dos realidades. La realidad política, por un lado, cuando la guerrilla, en vez de llegar marginalmente a dar sus primeros pasos en la vida política, llega con un gran respaldo de masas; y, por otro lado, la consolidación de una vía que legitimara a la oligarquía requería reformas, y no pudo hacerlas nunca porque no se metió la mano al bolsillo, es decir, nadie quiso pagar el costo de esas reformas. El espacio del proyecto reformista se fue reduciendo y ellos empezaron a plegarse cada vez más a los sectores militaristas. Varias veces le dijimos, por razones políticas:

—Hombre, Betancur, si usted es progresista no se apoye en la oligarquía, apóyese en el pueblo —y el tipo nos respondió—: El que tiene al pueblo no tiene nada, yo no cambio mi apoyo social en las instituciones.

Obviamente, al no apoyarse en el pueblo no le quedaba más que pegarse hacia la derecha a medida que iba perdiendo espacio. Sin embargo, aunque desde Corinto empezó el proceso de cerradura democrática, nuestra evaluación nos indicó que había un espacio político para movernos, con relativa eficacia, porque al hacer un pacto y mantenerlo, aunque se le hicieran todas las críticas al gobierno, se estaba de algún modo apoyando esa política gubernamental.

Bueno, se abrió un proceso político a partir de Corinto y bajamos a las ciudades. Pensando en la estrategia, dejamos una parte muy importante de nuestras fuerzas en el campo, armadas, pero en tregua. Escogimos un grupo de cuadros que tuviera una buena formación política y relaciones con las masas y decidimos que nuestro objetivo eran sobre todo cuatro ciudades, las más grandes del país: Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla. Nos fuimos allá y empezamos a buscar los mecanismos de acción política. Primero hicimos propaganda: todo el mundo quería conocerlos, pues al salir del monte era como si saliera el

diablo del infierno y todos querían ver si teníamos cachos y cola o si éramos rojos o rosados, y vinieron los medios de comunicación de masas y eso duró mientras pasó la curiosidad, e inmediatamente los medios, que son de la oligarquía nos pusieron en el pavimento: —Hagan la política ahí en el pavimento, mis estimados hermanos, nosotros no les vamos a servir de caja de resonancia—. Hubo entonces que recurrir a demostrar que éramos organizaciones con apoyo de masas. Vino el proceso de las plazas públicas: en noviembre de 1984 fuimos a Cali y Medellín, la segunda y la tercera ciudades del país, y llenamos las plazas públicas de bote en bote con las manifestaciones más grandes que se han visto allá. Esto reiteró la impresión de la derecha de que dejamos hacer política de plazas públicas era perder para ellos, y empezaron las agresiones. Después de las grandes manifestaciones en Cali y en Medellín, y en Ibagué y en Santa Marta y en Palmira y en un poco de ciudades intermedias y pueblos; después de que habíamos movilizado unas 300 mil personas y habíamos hecho más de treinta actos en dos meses y medio (prácticamente uno cada tres días, en un periodo en que no había movilización política, no había campaña electoral), la oligarquía metió por primera vez en cintura a Belisario y se lanzó la operación contra Yarumales, que es cuando se rompió la tregua.

Se habían producido antes unos incidentes con el EPL, aunque no graves. Pero en diciembre de 1984 la oligarquía y el ejército montan la primera operación con el apoyo de Belisario Betancur. Y Belisario hace la primera gran trampa que se le puede demostrar; tenemos todas las pruebas, pues forman parte del expediente que queríamos que saliera cuando la operación del Palacio de Justicia. Belisario se fue a México cuando ya había dado la orden de que se atacara nuestro campamento de Yarumales. Allá se entrevistó con Iván Marino Ospina y así trató de tapar la operación: regañó al M-19 porque no estaba cumpliendo con los pactos, pero no había nada que demostrara que eso era cierto. Y se armó en enero... La llegada del nuevo año cogió al país con el escándalo sobre la ruptura de la tregua. A mí me parece que el gobierno evaluó que romper definitivamente la tregua en ese momento era muy desfavorable para ellos, pues no podían salir limpios porque había demasiados errores políticos en la operación. Entonces decidieron aplazar la cosa y firmar un pacto de continuidad. A partir de Yarumales para nosotros fue claro que la tregua era un problema de tiempo, que ya la decisión político-militar de agredirnos estaba tomada. Discutimos entonces cuánto tiempo debíamos mantener una actitud defensiva, y finalmente, en nuestro Congreso de Los Robles de febrero de 1985, llegamos a la conclusión de que mientras hubiera espacio en las ciudades —ya que en el campo la tregua estaba rota definitivamente— deberíamos seguir operando políticamente, seguir ganando, y consolidar en organización el trabajo que habíamos empezado con las grandes movilizaciones.

De Los Robles salió la tarea de completar con una gran movilización en Bogotá, la capital de la República, ese periodo de movilizaciones. Y el 15 de marzo de 1985, desde la misma Plaza de Bolívar, el M-19 hizo una manifestación de masas que ha sido la más grande desde la posesión del Presidente de la República en 1982. Por cierto, después de la masacre del Palacio de Justicia discutíamos con alguna gente sobre las alternativas posibles a la operación de tierra arrasada, de liquidamiento a sangre y fuego, y ellos sostenían que Belisario hubiera podido no disparar un tiro, llenar la Plaza de Bolívar con una multitud con banderas blancas pidiendo paz y exigiendo nuestra retirada, y que así nos habría derrotado políticamente de manera absoluta. Pero ese análisis no considera la realidad del proceso de masas en el país. En 1985 el M-19 fue la única organización política, incluidas las organizaciones oligárquicas, que logró movilizar cientos de miles de personas y, además, durante la tregua, la influencia del M-19 en los barrios populares de Cali, de Bogotá, de

Medellín y de Barranquilla, en las zonas más pobres, fue una influencia en continuo crecimiento. Si Belisario se hubiera jugado la carta de masas allí, en el corazón del país, se habría producido un alzamiento popular. Como síntesis de la tarea de masas del periodo poscongreso de Los Robles, nos planteamos cómo consolidar nuestro trabajo entre los sectores marginados de la población urbana, cómo volverlo algo organizado, y cómo mantener abierto el espacio urbano sin sacrificar el desarrollo de nuestra propia política y sin perder la iniciativa que teníamos en ese momento. Es más, aumentamos nuestro pie de fuerza urbano destinando una mayor cantidad de gente a ese trabajo, aunque sabíamos que el riesgo de que nos mataran era en ese momento mayor que seis meses antes, cuando arrancamos con la tregua.

RJR. ¿Quieres explicar eso de la organización de los marginales urbanos?

ANW. Quienes mejor recibieron el mensaje movilizador de la guerrilla fueron esa enorme capa de colombianos que son los marginales urbanos. Una encuesta de la oficina de estadística del Estado indica que el 55% de la población en las grandes ciudades está en el subempleo o en el desempleo, o sea, es marginal. En Bogotá es la mayoría de la población: si Bogotá tiene cinco y pico millones de habitantes, podríamos calcular la población marginal en dos y medio o tres millones, que viven en la periferia. Ellos se movilaron en la manifestación de Bogotá, y nosotros nos preguntamos: ¿esta gente, dónde vive?, porque ocupacionalmente es imposible organizarlos: vos no podés hacer un sindicato de desempleados o de marginales porque eso no tiene ninguna posibilidad real de funcionar. En la búsqueda de la forma de organización primero hicimos comandos en los barrios, pero sin mucha elaboración. Luego, a un colectivo de Cali se le ocurrió que lo que había que hacer era campamentos, y se les llamó Campamentos de la Paz y la Democracia. Eran dos cosas: unos símbolos y unas milicias, o sea, el brazalete, la bandera, el himno, las formaciones, el orden cerrado, así la gente que se arribaba podía entrar a un tipo de organización, unas milicias desarmadas. Resulta que los campamentos se convirtieron en un mecanismo —guardadas las proporciones— tan importante como los soviets; las masas los hicieron suyos de manera tal que empezaron a reproducirse a una velocidad impresionante.

RJR. ¿En qué lugares?

ANW. Primero en Cali, donde se inició la experiencia y donde más raigambre popular tiene la guerrilla porque el efecto de un grupo armado sobre la población de las ciudades, un grupo armado victorioso, es muy grande. De Cali, el experimento pasó a Bogotá, a Medellín, a Barranquilla, a Bucaramanga, a Manizales; en Manizales no teníamos ni un amigo, ni un conocido, mucho menos un militante y de pronto resultaron cuatro campamentos en Manizales, porque gente simpatizante del M-19 se fue a Cali y vio cómo era y simplemente lo hizo ahí. Los campamentos se regaron como pólvora porque la gente encontró en ellos un mecanismo de participación política, porque las milicias eran el elemento de poder popular que estaba haciendo falta en todo el proceso. Las milicias controlaban el transporte, controlaban a las bandas de ladrones, quienes también formaban parte de las milicias; prohibieron la mariguana y fumar bazuco, un derivado de la cocaína; controlaban la asistencia del maestro de la escuela y el horario del médico del puesto de salud. Los campamentos permitieron el surgimiento de un liderazgo natural en los barrios, antes represado por los mecanismos clientelistas de los partidos tradicionales. Surgió el liderazgo a lo mejor de un individuo medio-delincuente, pero como se volvió persona importante hasta se ajuició. Además de las milicias regulares —las que estaban de tiempo completo en el trabajo político y en todas las tareas de masas—, surgieron milicias de

tiempo parcial para los trabajadores que tenían un trabajo estable: ellos también se sentían miembros del campamento del M-19.

Desde que empezaron en Cali, eso duró parte del mes de abril, todo mayo y parte de junio: fueron dos meses y medio de campamentos. En Cali se organizaron veinticuatro y, cuando a mí me hicieron el atentado, ya había cinco en Bogotá. Quizás hubo cuarenta campamentos en el país, y sólo en dos meses y medio. Ésa fue la gota que le llenó el vaso a la derecha y la llevó a agredimos de manera decisiva, ya no de manera indirecta como lo hizo al principio: en Cali hubo 150 allanamientos a los campamentos, pero como nunca encontraban nada ilegal no podían hacer nada. Pero además se fueron perfeccionando los mecanismos de autodefensa de los barrios y así se rebasó la copa de la derecha: se metieron a jugar a la destrucción política de la guerrilla y la guerrilla les resultó general y los derrotados en política estaban siendo ellos, pues el movimiento popular, en las zonas más populosas y más pobres de las ciudades, estaba volcándose todo hacia las formas de organización de la guerrilla; entonces decidieron cortar y empezaron a matarnos. Dentro de ese marco se produjo el intento de asesinato contra nosotros: nos lanzaron una bomba, a cinco compañeros de la dirección de los campamentos en Cali y a mí, que era el vocero público más importante del M-19. Ese intento de asesinato, que no se consumó porque hierba mala no muere, acarrió la decisión de pasar a la clandestinidad en un plazo más o menos breve. Yo pienso que los compañeros calcularon que el paro cívico del 20 de junio era un buen momento para pasar a la clandestinidad sin despertar mucha roncha de los servicios de inteligencia del enemigo, porque cuando hay un paro cívico se esconde mucha gente y ello permitió la retirada de los compañeros que estaban en la legalidad.

RJR. Espera. Me gustaría que explicaras cómo se previó en el M-19 el desarrollo de esta ofensiva, si es que se previó. Desde el exterior, el intento de descabezamiento por parte del ejército colombiano —el asesinato de Carlos Toledo Plata, la muerte de Iván Marino Ospina y el atentado en contra tuya— dio la impresión de haber encontrado descolocado al M-19.

ANW. Los tres casos que mencionaste se produjeron en tres momentos completamente diferentes. A Toledo lo mataron una semana antes de la firma de los acuerdos, y a pesar de ello firmamos porque consideramos que políticamente era necesario. El atentado contra mí y mis compañeros lo calcularon con mucha anticipación. Quienes salimos a la vida pública sabíamos que la probabilidad de salir vivos era muy bajita, sabíamos que, a menos de calcular muy bien el momento en que teníamos que retirarnos, lo más seguro era que nos pasara lo mismo que a los revolucionarios salvadoreños cuando les mataron la dirección de masas. Pero ése era el costo de sangre que teníamos que pagar por la lucha política en ese momento y en ese periodo de la vida nacional. La muerte posterior de Iván Marino fue un éxito del servicio de inteligencia del enemigo; localizó su casa, la cercó y lo obligó a rendirse o a pelear hasta la muerte, y no se rindió. En el periodo de tregua, el costo de sangre que nosotros pagamos realmente fue muchísimo menor de lo que habíamos calculado, porque de los cuadros de importancia nacional que estábamos en tregua no tuvimos ni un solo muerto; quien recibió la herida más grave fui yo, que perdí una pierna, pero retiramos otra vez a la clandestinidad a docenas de compañeros que estuvieron en los campamentos, en los sindicatos, en el trabajo político en diferentes partes del país.

Creo que se requiere plantear de manera más abstracta lo del momento político. Nuestro proyecto se hizo sobre la habilidad para moverse en el terreno de las diferencias de concepción en el campo oligárquico y sacar partido de ese espacio que se abrió. Sin embargo, firmar pactos con el gobierno de Belisario y mantenerlos así ellos no los

mantuvieran, así ellos los incumplieran —porque también luchamos por la legitimidad, por la verdad, por la honestidad—, también te comprometía de algún modo con ese gobierno. Había un sector de la población (como se vio en una encuesta hecha en Bogotá) que no estaba de acuerdo con ningún pacto con el gobierno, porque el gobierno no es solamente un problema político sino también una realidad económica y social de miseria y hambre para la gente. Por eso las organizaciones que no firmaron crecieron más que nunca antes en su historia. Yo pienso que durante un periodo muy largo de ese proceso fue justo el haber pactado con el gobierno, haber hecho política y haber ganado un espacio muy grande en el movimiento de masas. Pero cuando la diferencia entre los dos proyectos oligárquicos se fue cerrando, y el espacio para moverse fue un espacio mínimo, ya no se justificó jugar con la diferencia: si vos seguís amarrado al proyecto belisarista te vas hundiendo con él. Es decir, con los campamentos prohibidos, con los atentados personales y la no-tregua rural, ya no rentaba mantener el pacto con el gobierno.

RJR. ¿Había alguna alternativa?

ANW. Había otra opción, que es la de las FARC: mantienen los pactos con el gobierno, reducen al mínimo las acciones políticas diferentes a la participación electoral y se orientan a una política de más largo plazo de pacto con Belisario. Pero la verdad, políticamente eso les ha reportado muy poco. Van a participar en un proceso electoral en medio de desventajas enormes, contra la maquinaria de los partidos, sin medios de comunicación, sin apertura política, sin armar mucho revuelo porque no tuvieron la audacia de meter suficientes cuadros a las ciudades y de hacer cosas novedosas, sino en lo tradicional: vaya y vote, es decir, dentro de las reglas del juego que maneja muy bien y domina la oligarquía. Y van a ir a un proceso electoral a perderlo, a sacar el 3% de los votos. Además de que las elecciones no tienen mucha importancia, porque solamente votará el 40 o 45% de los potenciales votantes. Eso no tiene presentación política, pero es el producto de un análisis de lo que significa el uso de las diferencias. Me parece que es un análisis estático: cuando esas diferencias te dan un espacio político para moverte y para ganar, usalas; cuando se reducen de tal manera, abandoná, abandoná a Betancur y ayudá a hundirlo. Ésta fue la decisión que se tomó en junio. Pasamos a la clandestinidad, resguardamos nuestras fuerzas y retornamos la acción militar como elemento de iniciativa política y también, obviamente, de iniciativa estratégica.

“ES LA HORA DE SER GOBIERNO”

RJR. En febrero de 1985, en Los Robles, se celebró la IX Conferencia Nacional del M-19, bajo el impacto del ataque del ejército al campamento de Yarumales. Ese ataque, me parece, marcó un punto decisivo en el desarrollo del proceso de paz, un cambio en la situación de las fuerzas enfrentadas. Me gustaría que te detuvieras en ello. Y, además, lo que es muy importante, que explicaras las conclusiones políticas de esa IX Conferencia: allí el M-19 se trazó el objetivo de “ser mayoría” y concluyó: “es la hora de ser gobierno”.

ANW. Ya me referí antes a la responsabilidad de Belisario en el ataque a Yarumales. Allí se peleó durante veintiséis días, entre diciembre y enero; aprovechando la época de fin de año, el ejército lanzó una operación en gran escala y no pudo derrotarnos. Obviamente, calcularon mal. En Yarumales intentaron hacer lo que hicieron en el Palacio de Justicia: obtener una victoria rápida cuyo número de muertos tapara el problema político, pero cuando no pudieron entrar militarmente, el problema político empezó a tomar su verdadera

dimensión y tuvieron que negociar. Yarumales nos aportó la convicción absoluta de que teníamos que prepararnos para la guerra. En Los Robles, cuando analizamos Yarumales, veíamos que era necesario entrar en una nueva etapa política, abrir un nuevo marco estratégico de objetivos políticos. Ese nuevo marco global lo sintetizamos como la lucha por el gobierno. Es necesario ser gobierno, dijimos, ya no es el momento de la protesta ni del reclamo; es el momento de convocar a unas nuevas mayorías. Ello sintetizaba el fracaso del proceso de negociación, pero también sintetizaba el desarrollo del campo revolucionario en el periodo, porque ser gobierno quiere decir contar con un aparato militar que lo posibilite y con un respaldo mayoritario que lo posibilite.

El resultado de Yarumales desde el punto de vista militar, y el resultado de las convocatorias de masas en las ciudades desde el punto de vista político, es lo que permite trazar para el nuevo periodo el objetivo de ser gobierno. Este objetivo significa la búsqueda de un eslabón intermedio entre el proceso en el que nos encontrábamos y el poder. La lucha por el poder es estratégica, la lucha por el gobierno tiene una connotación táctica, en la medida que dejamos abiertas las puertas de negociación con sectores de las clases dominantes para un gobierno compartido, para un nuevo pacto pero a un nivel muy superior. Por ejemplo, le propusimos a Belisario Betancur que formara un gobierno de democracia y de paz con un gabinete compuesto por sectores sociales y personalidades nacionales que habían participado en el proceso de paz.

Por otro lado, la convocatoria de gobierno también tiene un gran contenido de poder popular: vamos a ser gobierno quiere decir empezamos a ser gobierno. Y empezamos a serlo en el ejercicio del poder popular en los sectores bajo la influencia del movimiento armado, lo que produjo gobiernos paralelos: los campamentos de paz y democracia fueron el desarrollo de esa concepción de gobierno en los barrios populares. Por ejemplo, en el distrito de Agua Blanca, en Cali, hicieron planes de desarrollo, planes económicos y políticos, alianzas, empezaron a pensar como gobierno a nivel de 350 o 400 mil habitantes de la ciudad de Cali; comenzaron a crear sus propios modelos de producción comunitaria, de servicios, de asociación con el resto de los sectores de la ciudad. La consigna, además, es fácilmente comprensible, no como el concepto de poder o de núcleos de poder popular: si decimos “aquí en el barrio Siloé somos gobierno”, todo el mundo sabe de qué se trata, porque se aprovechan experiencias de este tipo que han surgido en la historia de América Latina y de Colombia. En Colombia, los paros cívicos, una forma de protesta popular, se hacen sobre comités cívicos que son gobierno. Con esa consigna, también, se buscaba globalizar en un contenido único y nacional todo el esfuerzo disperso de las masas por encontrar los propios mecanismos de ejercicio de su poder y de su autonomía.

RJR. Hablaste antes de la gran importancia de los sectores marginales. Pero, así, la concepción parece muy unilateral. Diversas organizaciones revolucionarias de América Latina han planteado que, para avanzar hacia una nueva sociedad, es necesario formular un nuevo proyecto nacional que incluye la articulación de una alianza social amplia.

ANW. La verdad es que el análisis del proceso de paz marcó el énfasis en los sectores más dinámicos durante ese periodo. Pero el proyecto estratégico del M-19 reconoce la necesidad de un proyecto de nación que incluya a las mayorías: a los marginales y a los campesinos, a los obreros, a los sectores medios de la población, a la pequeña y a la mediana industria y aun a la gran industria nacional no monopolista, a los productores agrarios capitalistas no monopolísticos, a la religión y no sólo a la católica sino a las nuevas religiones que en Colombia son montones. El nuestro es un proyecto que busca una nueva identidad nacional, que rebasa la simple necesidad de las alianzas para hacer la revolución.

Ese proyecto global es necesario, en primer lugar, para hacer la revolución. Si usted pelea con unos poquitos, los verdaderos enemigos, tiene posibilidad de ganar. Porque los enemigos de la democracia son muy pocos, son los oligarcas socios de los gringos y las cúpulas militares; más allá, todos los otros tienen algo que ganar con la revolución —los productores, las universidades, la ciencia, la cultura y el pueblo—. No puede haber nación sin economía nacional, y por eso no se trata solamente de la necesidad coyuntural de conseguir una victoria pronta. Hay que mirar para adentro, hay que desarrollar las fuerzas internas: la historia de Colombia muestra que el hombre colombiano es el más grande recurso del país, que cuando los lazos de la dependencia se aflojaron durante la segunda guerra mundial se fortaleció la creatividad nacional. Además, el nuestro es un país rico con grandes recursos naturales, puede ser independiente pues tiene con qué pagar el costo de su independencia. Ese proyecto también incluye a toda esa cantidad de colombianos que no encuentran sitio en su propio país, el cual los “exporta” al mundo entero: hay más de tres millones de colombianos que viven fuera porque la nación oligárquica los ha expulsado. Son profesionales, artistas, técnicos... y la revolución también es para ellos. Aunque los sectores medios se comportan de manera menos radical y su suma al proceso es más tardía, han producido montones de cuadros.

La práctica del proceso colombiano muestra que los sectores más dinámicos, los que han soportado en gran parte el peso del avance revolucionario, son los trabajadores marginales y los campesinos. Los trabajadores marginales son proletarios y son trabajadores independientes. Pero lo que sí está claro en el proceso colombiano es que la clase obrera organizada, con cierto nivel de desarrollo, politizada, ha jugado un papel muy poco dinámico en el proceso. Acerca de la discusión sobre la ideología que orienta el proceso revolucionario y su origen social, yo prefiero no participar ahora en esa discusión; parto de la realidad del proceso colombiano. Son sectores diferentes a los que la teoría marxista considera como sujeto histórico de la revolución los que han apoyado este proceso revolucionario.

¿Quiénes lo dirigen? Son sectores ilustrados de la pequeña burguesía. Las organizaciones revolucionarias más importantes del país han surgido de una especie de intelectualidad revolucionaria, de origen casi siempre pequeñoburgués. Pero la orientación estratégica de la política revolucionaria parte de la concepción que la democracia es revolucionaria, que la democracia no tiene el mismo origen que el liberalismo, que tiene una historia de contenido mucho más popular, y que los revolucionarios de América Latina la abandonamos en los últimos años para que la manejara la burguesía. La democracia es el elemento fundamental del revolucionario, más que el socialismo, pero creemos que democracia y socialismo no son conceptos contradictorios sino complementarios. La revolución democrática tiene un contenido que proviene de quien la dirige. Exige alianzas con sectores muy heterogéneos, pero los sectores dinámicos, que son los sectores populares, los más pobres, imponen su propia dinámica y su propia fuerza. Las alianzas, por ejemplo con sectores de la burguesía media de la población, no se basan sólo en la convicción de que pueden ganar algo, sino en la fuerza que tiene el campo popular revolucionario. En este proceso, la mayoría de los acercamientos al campo de la revolución no han sido de tipo político puro sino de tipo político-militar. Y eso nos lleva al problema de la organización revolucionaria. El leninismo establece fundamentalmente, como concepto general, que debe haber una organización de vanguardia. En América Latina, esa organización revolucionaria está cada vez más claro que no es estrictamente el partido de corte leninista, el partido del proletariado, sino unas organizaciones político-militares con un discurso y con una concepción distintos a los de

los partidos de la Tercera Internacional. Yo sí creo que el concepto leninista de organización de la vanguardia es válido, pero que no es la copia de los bolcheviques y lo que siguió después: los partidos comunistas en el mundo y su traslado a América Latina. Es más, hasta los partidos comunistas tradicionales se han ido armando y han empezado a jugar un papel más dinámico que el de antes en el desarrollo de la revolución latinoamericana. Lo que pasó en El Salvador, por ejemplo, es clarísimo de la tendencia de América Latina, una tendencia todavía muy primaria. Pero el Movimiento 26 de Julio, o el FSLN, son ejemplos de nuevas formas de organización de la vanguardia.

Nosotros tenemos muy poquita conceptualización sobre todo esto. Formulo más bien algunas reflexiones en voz alta sobre lo que ha sido el desarrollo en la realidad de nuestra práctica. La clase obrera sindicalizada se mete en la trampa del economicismo, de la institucionalidad, de la defensa de lo que, para la situación social del país, son una serie de ventajas que no tiene la mayoría de la población. A pesar de su claro nivel político, esos sectores obreros piensan dos veces antes de arriesgar lo que tienen en legalidad y en beneficios concretos, lo que un proceso revolucionario radicalizado puede poner en peligro. Hoy estamos absolutamente convencidos que lo que más rinde en las ciudades es el trabajo territorial, más que el trabajo ocupacional, el trabajo de barrio pobre y marginal. Allí vive el vendedor ambulante, el asalariado de una muy pequeña empresa, el zapatero remendón, el policía, el artesano, el ladrón, el que vive del rebusque (una ocupación en que la línea entre lo legal y lo ilegal es sumamente tenue). Por ejemplo, en los campamentos se hizo trabajo con los gaminos, niños abandonados que no tienen padres y viven en las calles; miles de niños de diez, catorce, dieciséis años, que son lo peor de la marginalidad humana porque son la marginalidad en la niñez. Organizados en los campamentos, estos niños se convierten en un factor de un tremendo dinamismo en la lucha popular. En Cali se hizo un campamento de gaminos y el jefe del campamento de gaminos le daba comida a todos los campamentos de Cali. Eso sí, cuenta con que la conseguían ilegalmente, pero eran los mejores propagandistas, los más activos en las pintadas de muros, los más vivos y los mejores para ponerlos en las postas y en la seguridad cuando había reuniones en los campamentos. Eran los que se sentían más integrados al futuro metiéndose en un proyecto de este tipo: empezaban a tener familia, a tener importancia, a ser alguien en la vida, a retomar su identidad como personas, a ser respetables.

Para nosotros era una cosa inicialmente incomprensible, porque uno, con mentalidad cartesiana, espera que sea la gente que va entendiendo el proceso la que se irá comprometiendo. Pero resulta que lo que decía Bateman es cierto: usted no tiene que ganarse tanto la mente de la gente, tiene que ganarse su corazón. Una vez que se ha ganado el corazón, empieza a ver cómo se va a ganar la mente. Primero tiene que despertar la pasión por la revolución, por la lucha, tiene que despertar la ilusión. Si le habla al corazón de la gente, a la pasión, conseguirá resultados muchísimo más eficaces y rápidos y concretos que si intenta educar en células a todo el mundo para que comprenda por qué es necesaria la revolución. Y no estoy diciendo que no sea necesaria la educación, pero usted no atrae a la gente educándola; el gancho es apasionarla, el gancho es enamorarla, y una vez que usted la enamora de la revolución puede empezar a educarla, si no, nunca logrará atraer masas. Se necesitan dinámicas sociales muy rápidas en países con muy poquitos años promedio, con una juventud desesperanzada que no espera nada del futuro; y no solamente la juventud pobre, sino aun de las clases medias, para las cuales la educación ya no es un mecanismo de ascenso social. A toda esa gente, ¿a qué la convoca usted? A una cosa medio mágica, audaz, novedosa, vital, que lo enamore.

RJR. ¿Y el campesinado?

ANW. Bueno, también el campesinado que entra a la guerrilla es el campesinado joven. En Colombia la frontera agrícola no se amplía sino que se está reduciendo, y en la medida en que nuevas generaciones de campesinos van creciendo el único futuro que tienen es irse para la ciudad a formar parte de los marginales. De 1960 a 1985, en veinticinco años, Colombia pasó de ser un país en que el 75% de la población vivía en el campo, a un país en donde ahora el 75% de la población vive en la ciudad. Es un campesinado también sin futuro, porque el campesino tiene cinco o seis hijos y la tierra no alcanza ni para él. El campo expulsa población, y esa población joven es la que se enguerrilla; mucha de esa población joven, en vez de irse a las ciudades, prefiere irse a la guerrilla, porque además hay toda una tradición de que el papá estuvo en la guerra de los años cincuenta, o el abuelo, o el bisabuelo.

RJR. Claro, se dice por ahí que Colombia es el país de las guerras civiles.

ANW. En el siglo XIX hubo 64, desde 1830 hasta 1902: nueve grandes guerras civiles y el resto guerras medianas y locales y regionales. Y, en el siglo XX, en Colombia ha habido lucha armada desde 1946-47, es decir, llevamos cuarenta años de lucha armada. Entonces, hay toda una tradición campesina de lucha. Pero en concreto, quien está dispuesto a tomar el fusil y a pelear es el joven: está con la insurgencia, con el poder que da tener un fusil, con el poder social; para toda esa gente el futuro está con el triunfo de la revolución, el resto es el hambre, la marginalidad, la desesperanza, la muerte nomás. El mañana es la revolución triunfante, y la revolución triunfante es el fusil en la mano.

Yo pienso que toda esa experiencia los teóricos tienen que volverla teoría. Les toca reflexionar, por ejemplo, sobre el papel de la marginalidad latinoamericana en el proceso revolucionario. En América Latina tenemos que escribir nuestra propia teoría sobre la revolución, porque lo que nos ha matado a toda la gente de formación marxista en América Latina es querer calcar, o del texto de *El Capital*, o de la Unión Soviética, o de China, a contrapelo de lo que está pasando en nuestros países, donde la burguesía sí es muy hábil para moverse en la realidad y nos gana las masas todo el tiempo.

RJR. Aunque la Conferencia de Los Robles se desarrolló en un marco de masas.

ANW. La Conferencia de Los Robles fue una gran fiesta en medio de un cerco militar. En Los Robles, por primera vez, no estaba cercada la guerrilla sino el país, porque cercaron al país para que no pudiera ir a la guerrilla. En la prohibición tuvo mucho que ver la evaluación que hicieron sobre la cantidad de gente que iba a ir: calcularon que asistirían entre 15 y 20 mil personas, cuando nosotros sólo habíamos invitado a quinientos o seiscientos. Pero a pesar del cerco, al Congreso por la Paz y la Democracia llegaron por lo menos dos mil personas; afuera, haciendo actos de protesta, se quedaron tres o cuatro mil personas más. Además de las sesiones oficiales, hubo otra multiplicidad de congresos sesionando al mismo tiempo en cada puesto de avanzada: hubo concursos de dibujo infantil, congreso de médicos hierbateros indígenas de la región, uno o dos encuentros campesinos y otros. Se produjo el encuentro del país con su guerrilla a pesar del cerco, porque la gente se colaba por todos los resquicios con la ayuda y la complicidad de los campesinos de la zona. En ese marco se propuso la transformación de la lucha en una lucha por un objetivo más global: seamos gobierno.

LA CUESTIÓN MILITAR

RJR. El fracaso del ataque de siete mil elementos del ejército al campamento de Yarumales demostró que se había producido un cambio en la situación militar del M-19. ¿Puedes explicar el proceso que condujo a ese cambio?

ANW. Metámosle el diente a lo del desarrollo militar que se sintetiza en Yarumales. El M-19 venía buscando desde cinco años atrás, desde 1980, un nuevo perfil militar: buscábamos cómo avanzar en el proceso de pasar de guerrilla a ejército, cómo construir un ejército revolucionario en Colombia. La guerrilla colombiana es la guerrilla más antigua de América Latina, lo cual es un orgullo pero también es una vergüenza; es un orgullo porque muestra la capacidad de lucha del pueblo colombiano, pero es una vergüenza porque si en treinta años de lucha eso ha avanzado tan poquito es porque la vanguardia era muy mala. Para nosotros la guerrilla colombiana estaba afectada por un guerrillerismo y por un politicismo coincidentes. La posibilidad de hacer política con las armas mostraba, de todas maneras, que el sector más dinámico de la política colombiana, en el campo de la revolución, era la guerrilla. Pero eso llevó a que se trastocaran las ideas sobre cuál era el papel de una guerrilla. La guerrilla se convertía en un fin en sí misma, o sea, la guerrilla para hacer guerrilla y no para construir un ejército; la guerrilla para sobrevivir políticamente y para desarrollarse políticamente, pero no para hacer la revolución. Eso además orientado por criterios muy defensivos en lo militar: la dispersión de fuerzas, que obviamente es un método defensivo, se impuso por razones políticas pero también por razones defensivas en el campo militar. Nosotros decíamos, y lo seguimos diciendo, que en Colombia las condiciones están dadas para pasar de la etapa prerrevolucionaria a la etapa revolucionaria, pero que la vanguardia —sobre todo la vanguardia armada— no había sido capaz de actuar como un catalizador de ese cambio, especialmente las organizaciones político-militares que son las que dinamizan todo el proceso.

Esa búsqueda de un nuevo estilo militar se definió primero en el sentido de la concentración de fuerzas; segundo, fijando como tarea fundamental la destrucción de fuerzas del enemigo; tercero, decidiendo operar en zonas de importancia económica y geopolítica en donde las masas debían ser la selva de la guerrilla y no la selva de árboles en donde estaba metida, aislada. Había que darle continuidad a los combates: no se podía pelear una vez cada seis meses porque aunque la pelea fuera muy exitosa producía algún efecto político pero ningún efecto militar. Decíamos que la gente entraba a la guerrilla a pelear, y que después se acostumbraba a comer vaca y a echar política y a dar una peleíta por ahí de vez en cuando y se aburría, pues a eso no había ido. Desde 1980 intentamos transformarnos militarmente, pero fue hasta 1984 cuando, precisamente pocos meses antes de la tregua, encontramos la solución: fuimos capaces de resolver el problema más grave, que es el problema de cómo andar juntos, concentrados en grupos grandes de guerrilleros. Eso fue el resultado de experiencias propias y de América Latina. Al principio veíamos a los salvadoreños en una situación sumamente compleja porque estaban peleando donde no había selva, y resulta que después, al mirar la experiencia salvadoreña, nos encontramos que lo peor que había para pelear era la selva. Diciéndolo en otros términos: la selva, con todo lo que significa de aislamiento, es el mejor sitio para sobrevivir pero el más malo para triunfar.

En 1984 encontramos una técnica y una táctica que nos permite estar entre las masas y con grupos grandes. La pala se eleva a categoría estratégica. Para el guerrillero, la pala es tan importante como el fusil, porque la pala le permite hacer excavaciones. Estamos descubriendo el agua tibia, descubriendo lo que fue descubierto hace cinco o diez o veinte

siglos, lo que descubrió el primero que se inventó por ahí un tratadón de palos. Lo que se inventó al más grande nivel en Vietnam, las excavaciones, nosotros apenas lo empezamos a incorporar a nuestra actividad diaria. Cuando incorporamos las excavaciones, la guerra que estamos haciendo cambia técnicamente. Bueno, también con una nueva táctica, con el manejo de variables tácticas adecuadas, cambia el escenario de los combates y cambian los resultados. Hay un principio militar —el principio de masa— que dice que si vos tenés una masa demasiado pequeña no podés derrotar una masa grande, que para derrotar una masa grande se necesita una masa relativamente igual. A nivel táctico eso significa que si el ejército lanza unidades grandes contra vos, y vos sos muy poquitos, vos no los podés derrotar, vos los podés hostigar y tenés que retirarte. Por eso es necesaria la concentración, para poder aniquilar las fuerzas del enemigo cuando éstas son grandes. Bien, en 1984 se empiezan a dominar estos elementos técnicos y tácticos. Y estábamos en ese pleno desarrollo cuando nos coge la tregua. Pensamos que la necesidad política de firmar la tregua iba a tener el efecto negativo de dificultar nuestro desarrollo militar, que venía claramente en ascenso desde la toma de Florencia y la toma de Corinto, en donde esa nueva técnica y esa nueva táctica empezaron a demostrar su justeza.

RJR. ¿Te puedes detener un poco en la toma de Florencia? Esa acción parece que jugó un papel importante en el proceso que condujo a la firma de la tregua.

ANW. Muy bien, pero éstos son efectos políticos de las acciones militares. Después del encuentro de los compañeros Fayad y Ospina en Madrid con Belisario, en octubre de 1983, la negociación se interrumpió. Y no pasó nada hasta la toma de Florencia. Fue la toma, por primera vez en Colombia, de la capital de un Departamento: un grupo de guerrilleros se metió al pueblo —en donde había dos batallones, es decir, dos mil soldados y como cuatrocientos policías— y lo mantuvo en su poder durante una hora larga. Fue una operación de tanta audacia y tanta fuerza, que obligó al gobierno a negociar, aunque militarmente no aportó cosas nuevas.

El desarrollo militar que le da solidez técnica y táctica al M-19, transcurre más bien por operaciones de menos envergadura, de menos efecto político, en los combates después de Florencia y de Corinto. Allí entraron, en juego, además de los factores militares de los que hemos hablado, el uso extensivo de explosivos y el manejo de una serie de variables tácticas con infantería. Pero no estamos haciendo nada que no se hubiera hecho antes. Sólo estamos incorporando elementos de la cultura militar de las revoluciones a la situación colombiana. Los estamos incorporando con coherencia, eso sí.

Veamos algunos ejemplos del desarrollo de la nueva táctica. En marzo de 1984 se produjo la toma de Corinto, pueblo en el cual meses después firmamos los acuerdos. Al principio fue igual a las cientos o miles de otras tomas de pueblos que se han hecho en Colombia. Pero ahora, en el momento de la retirada, en vez de dispersarse y abandonar la zona, los 150 o 170 combatientes de la guerrilla permanecieron juntos. Se hicieron fuertes en un filo en la montaña en donde casi no había vegetación. El ejército se lanzó contra las posiciones de la manera más desordenada, porque así estaba acostumbrado, y se encontró con una resistencia que no esperaba y se paralizó. Como no llevaba artillería decidió bombardear, pero después de dos o tres días de combate el ejército se retiró. Allí quedó claro que atrayendo al enemigo hacia posiciones favorables para uno —en este caso, el terreno—, no tenía experiencia de cómo responder. La segunda operación, un mes después, fue la toma de Miranda bajo la misma concepción. La guerrilla decidió esperar al enemigo en un terreno apropiado, en la parte más alta del pueblo, allá en la Cordillera. El enemigo llega con mucho más cuidado que la primera vez, pero la guerrilla ya ha dado un paso más:

tiene una zona muy bien preparada con excavaciones, con trincheras, con pozos de diferentes tipos, con fortificaciones en escaladas mínimas. Y luego de una serie de combates el enemigo se vuelve a retirar. En eso estábamos cuando viene la firma de los acuerdos. Pero antes, para forzar esa firma y, sobre todo, para darle una respuesta política al asesinato del compañero Carlos Toledo Plata, se toma Yumbo, una operación con mucho contenido político pero sin mucha enseñanza militar que, sin embargo, nos muestra algo nuevo desde el punto de vista político-militar. Después de media hora de estar la guerrilla en Yumbo, las masas se levantaron. La guerrilla estuvo dos horas en el pueblo (eso fue en agosto de 1984, diez días antes de la firma de la tregua), y durante hora y media la gente se tomó el pueblo, se insurreccionó. Pero como la guerrilla no se quiso llevar a nadie, porque debía retirarse por un terreno que no conocía pues era la primera vez que iba a pasar por ahí, cuando llegó el ejército se encontró a la gente todavía en las barricadas y produjo veintidós muertos de la población civil. Yumbo muestra que cuando la población siente que tiene fuerza suficiente para producir un levantamiento, la insurrección se produce. Cuando existe la posibilidad de ganar, y esa posibilidad la proporciona una fuerza militar dominando la situación —de un pueblo, por ejemplo—, la gente se levanta. Eso nos aproximó a la concepción que hemos venido desarrollando sobre la coordinación de la guerra del ejército en el campo y la insurrección urbana.

Luego viene Yarumales. Durante la tregua, la guerrilla se mantuvo en un punto, en Yarumales. Pensábamos que el desarrollo militar se nos iba a afectar con el cese al fuego, porque una guerrilla que no pelea se va ablandando, se va desnaturalizando, se vuelve cómoda y la gente se aburre de no hacer nada. Ese riesgo nos lo evitaron los militares al lanzar el ataque, cuatro meses después de pactada la tregua. Nos obligaron a que la fuerza militar nuestra siguiera su desarrollo. Los guerrilleros en tregua, además de estudiar y discutir, cavaron, hicieron túneles y trincheras, fortificaron muchísimo la posición. El ejército se lanzó sobre Yarumales con siete mil hombres, con mucho apoyo de artillería, con morteros hasta de 120 milímetros, con tanquetas, con sus unidades de élite contraguerrilleras. La guerrilla había reducido a cero sus posibilidades ofensivas; el enemigo conocía las posiciones guerrilleras y tenía la iniciativa. Montan el cerco y se tiran a tomarse el campamento. Pero el enemigo era muy rígido y muy estático en el manejo de sus tropas. Por ejemplo, en un momento dado, lanzan la dirección principal de su ataque por el flanco oriental del campamento y, mediante una maniobra, moviéndose de noche, los compañeros ponen un grupo de guerrilleros detrás de las fuerzas atacantes. Cuando a la mañana siguiente continuó el ataque por ese flanco, los compañeros aparecieron por la espalda de la unidad del ejército (una unidad de doscientos hombres al mando de un mayor) que entonces quedó en peligro de ser aniquilada y empezó a luchar en condiciones muy desventajosas, pero el resto de los hombres del ejército no se movió para apoyar a la unidad cercada. Entonces la unidad enemiga abandonó las posiciones corriendo, dejó tirados fusiles, equipos y morteros y se lanzó por unos barrancos. Para la defensa de Yarumales, además de la parte técnica (en la cual hay que incluir el uso, por primera vez, de campos minados), fue también muy importante la parte táctica, la flexibilidad táctica, el uso eficazísimo de las reservas.

Lo que hubo en Yarumales fue el uso de excavaciones técnicamente hechas, de manera extensiva, y el uso del terreno de manera apropiada. Ese par de variables militares produjeron el éxito en Yarumales. Además de la moral de los combatientes, un elemento importantísimo que demostró que la mejor manera de pelear con el ejército es de cerquita. Mientras más cerca se esté del enemigo, mejor, porque en ese momento lo que se impone es

la moral, que se transforma en valor, y la moral del guerrillero siempre es superior a la moral del enemigo. Hubo, además, un mando táctico muy capaz, que fue Pizarro. Después de la ruptura definitiva de la tregua se desarrolla la campaña “De pie Colombia” y otros enfrentamientos que sería largo detallar.

En realidad, militarmente, nosotros estamos un paso adelante del enemigo. Ellos están tratando de descifrar nuestra táctica, pero como estamos un paso adelante ello nos ha permitido sorprenderlos cada vez. Si mantenemos esta ventaja el tiempo suficiente, va a haber una transformación absoluta de la guerra en Colombia y se va a configurar una situación como la salvadoreña: en ésta la destrucción del ejército enemigo ya es un problema superado; es el enfrentamiento con el imperialismo y otras variables las que no dejan que llegue el triunfo de la revolución. En Colombia, el enemigo no ha podido todavía encontrar la llave que le permita resolver el problema táctico frente a nosotros, ni siquiera con sus tropas de élite. Y el ejército colombiano se supone que es el ejército con más experiencia contraguerrillera en América Latina. Ya para la guerrilla antigua, defensiva, de grupos pequeños, para la guerrilla de la selva, ellos tenían la fórmula táctica resuelta; una fórmula de aplicación general. Para la nueva guerrilla, que opera concentrada, que maneja muy bien las variables tácticas y técnicas, están mucho más atrasadas de lo que está el ejército salvadoreño. Si mantenemos ese escalón de ventaja, como hasta ahora, y generalizamos el uso de esa táctica para el resto del movimiento guerrillero en Colombia, vamos a llegar rápidamente a una situación militar que nos permitirá decir que podemos destruir al ejército. Ello le daría oxígeno al proceso centroamericano, en la medida que le abre un nuevo frente al imperialismo. Pero además, como Colombia es un país grande y complejo, el imperialismo no podrá, con 300 o 400 millones de dólares, mantener artificialmente vivo a un ejército como lo está haciendo en El Salvador.

Estamos en el salto entre la guerrilla antigua y una nueva guerrilla, que ya está produciendo los efectos de la destrucción parcial de las fuerzas enemigas. ¿Qué falta? Lo que falta es la unidad guerrillera, aunque también está en desarrollo. Falta que lo que nosotros estamos haciendo en dos o tres partes del país se haga en diez. La decisión política del resto de la guerrilla de meterse por ese camino también está avanzando. Por primera vez en Colombia, la unidad guerrillera tiene ya formas concretas. La Coordinadora Nacional Guerrillera se creó como el principal producto inmediato de la tregua y su desenlace, y en ella prácticamente sólo faltan las FARC. La CNG es el intento de unidad más maduro que ha tenido el movimiento guerrillero colombiano, y es el instrumento indispensable para que el proceso que se viene sea cualitativamente diferente.

RJR. ¿Y los objetivos militares de más corto plazo?

ANW. El objetivo es llegar a zonas de control militar en la Cordillera, a la configuración de zonas en las cuales sea posible construir una retaguardia. En Colombia no contamos con las condiciones de política internacional como para pensar en construir la retaguardia corriéndonos a alguna frontera. Además, el tamaño y la complejidad del país, las cordilleras, la situación social en el campo, permiten hacer la retaguardia en el país. Se ha avanzado muchísimo en cómo construir la retaguardia: no en la selva, sino entre las masas y en el centro del país. Ése es el gran avance en el terreno militar de lo que está sucediendo en el Valle del Cauca. Pero para hacerlo se requiere un volumen de combatientes grande y concentrado; es imposible pensar en construir una retaguardia sin tener grandes unidades de combatientes. Allí estamos trabajando con 750 y todavía hacen falta guerrilleros; debe haber mil o algo más de mil en esa zona para poder tener la primera área de control militar. Lo estamos haciendo, además, contra un ejército que, en el momento en que empieza la

confrontación más dura, ya tiene treinta años de lucha antiguerrillera, no es un ejército al que hayamos cogido por sorpresa, aunque está atado a una lucha contraguerrillera diferente y no a la lucha con unidades guerrilleras más regulares. Se requieren además elementos tácticos y técnicos también elaborados; las técnicas de explosivos y de ingeniería militar, y el manejo de la táctica con mucho énfasis en la flexibilidad, en el apoyo mutuo, en las comunicaciones. Tenemos muchos radios y las comunicaciones entre nuestras unidades tamaño escuadra son muy buenas.

En una película sobre Guazapa vimos que la población se mueve amarrada a la guerrilla en los momentos de grandes operaciones militares del enemigo. En Colombia estamos menos amarrados a la población. El cuerpo militar, que tiene una influencia muy sólida sobre la población y recibe su apoyo, se mueve sin embargo con mucha independencia de la población civil en esta primera etapa. En la medida en que se desarrollen más las zonas de control militar vamos a tener que resolver, nuevamente usando la experiencia salvadoreña, el problema de la población que trabaje con nosotros, que ya no va a poder estar tan aislada de la guerrilla y va a ser sometida a las aldeas estratégicas y a otros mecanismos de fuerza. Lo que se está haciendo ahora es decirle a la gente que se salga de la zona cuando se vienen ofensivas grandes. Eso te deja las manos libres durante el tiempo que vas a combatir, y luego te movés y entonces la población vuelve a la zona. Por supuesto el enemigo trabaja políticamente a esa población, pero en este momento el estar libre de la población significa una independencia militar que permite ser más eficaces. Los salvadoreños dicen que pasaron de la guerra de posiciones a la guerra de movimientos, es decir, que pasaron de defender con trincheras una zona al aniquilamiento de unidades enemigas en movimiento. Nosotros —con una magnitud, con un enemigo y de manera diferentes— estamos en la etapa de hacer posiciones, de hacer retaguardia en un área densamente poblada y de mucha importancia.

RJR. Define un poco más la importancia de la zona en cuanto a las perspectivas de avance revolucionario.

ANW. El Valle del Cauca tiene por un lado la Cordillera y por otro el Tolima. El campo, en la parte plana de los valles, es un área agroindustrial sembrada de caña de azúcar, algodón, arroz, frijol y maíz, pero con alta tecnología. En la Cordillera, en cambio, hay campesinos asentados en parcelas en donde cultivan café en un clima medio, y papas, cebada y trigo en los climas altos. Desde la Cordillera tenemos acceso a la tercera ciudad industrial del país, a Cali; a la carretera por donde entra el 50% del comercio exterior; allí se produce el 30% de la energía eléctrica del país. Es la zona más importante después de la sabana de Bogotá y es un área densamente poblada en donde viven cerca de tres millones de personas.

La Cordillera es muy abrupta, y esa característica ha sido muy importante para el manejo del terreno a favor de la guerrilla. Los bombardeos, por ejemplo, son eficaces cuando estamos en la parte baja, pero dejan de serlo al movernos hacia arriba, debido a las condiciones climatológicas y de visibilidad en una Cordillera que tiene un promedio de cuatro mil metros. Faltan vías de comunicación, la artillería es mucho menos eficaz, las tanquetas ya no sirven, etcétera. Es decir, hay áreas de la Cordillera muy difíciles de dominar para el enemigo, porque es tan arrugada y tan masiva como pueden serlo los Andes en Perú, Chile o Ecuador. Como el enemigo no puede dominar las partes altas, peleamos doce o dieciséis días, vamos subiendo y rompemos el contacto cuando queremos, y nos movemos a través de la parte alta de la Cordillera a una nueva zona. De todas maneras, hay que ponerle un límite al área que pueden controlar mil o mil quinientos

guerrilleros porque el objetivo es conseguir una zona de control militar. Además, la Cordillera central es una especie de autopista guerrillera que parte al país en dos, así que tiene toda la importancia de estar en el centro del país con condiciones topográficas y sociales muy favorables.

Es enorme el efecto que tiene una guerrilla militarmente invicta sobre esa población de tres millones de personas. Y aquí entramos en la combinación del ejército guerrillero rural y las masas urbanas. Cali, con una población de millón y medio, se encuentra como a cuarenta kilómetros de la Cordillera y están también Palmira con cuatrocientos mil, Buga con cien mil, Florida con cien mil. La guerrilla invicta tiene un impacto muy grande en las masas: en primer lugar, la gente ve que es posible la victoria, porque a pesar del tamaño de las operaciones militares las peleas las gana la guerrilla; en segundo lugar, los colaboradores o militares de las organizaciones revolucionarias saben que aunque el enemigo los detecte tienen para dónde irse; en tercer lugar, cuando la guerrilla llega a un pueblo y se lo toma y alcanza cierto control militar de la situación, la gente se levanta. El enemigo también ha concentrado en esa zona lo mejor de su ejército: debe tener cuando menos treinta mil hombres en el Valle del Cauca y en el Tolima, de un ejército de noventa mil, es decir, el treinta por ciento de su ejército lo tiene en cerca del diez por ciento del territorio nacional.

Es muy importante la presencia permanente de representantes de la guerrilla en los barrios populares. Esto es, además del efecto sobre la psicología de la población, se requiere una presencia permanente. No se pueden perder las ciudades, aunque el enemigo busque control absoluto de la situación urbana a través del asesinato, de los grupos paramilitares y de la obvia presencia armada de la policía y del ejército. Requerimos estar en los barrios periféricos, así sea llevando y trayendo gente de las zonas rurales, cambiándola para evitar pérdidas y los problemas de la clandestinidad. O mediante fuerzas suburbanas, algo que estamos empezando a hacer. En esta zona de masas empiezan a operar comandos que ya no esconden en la dispersión sino que andan permanentemente juntos, que tienen su sistema de excavaciones en la periferia de las ciudades, de recursos y zonas secretas. Cuando el enemigo no está en la zona se mueven entre las masas; cuando lanza operaciones de una magnitud tal que la combinación guerrilla-masas no puede resistir, se esconden, y se esconden aún de la población civil, o sea, no se refugian en las casas de la gente, y están compartimentados hasta donde es posible para evitar que la tortura logre que se entreguen los sitios. Hacen no solo operaciones militares sino también trabajo político, en Cali eso ha permitido el control casi absoluto de dos zonas: una en la parte alta de la ciudad, donde viven unas cien mil personas, en el barrio de Siloé; la otra en una zona baja, con una población más grande, a orilla del río Cauca, que se llama Distrito de Agua Blanca. En ese par de áreas los campamentos se implementaron con mucha fuerza, y el trabajo continuó después que pasamos a la clandestinidad. Por eso a fines de 1985 el ejército lanzó una operación tan grande sobre el barrio de Siloé, con cinco batallones más los grupos especiales de la policía. La operación rastrillo duró una semana, y al principio hubo resistencia de la guerrilla y de las masas, pero el ejército impuso su mayor poder de fuego y produjo alrededor de sesenta a setenta bajas, entre muertos y heridos, sobre todo de la población civil.

En Colombia es imposible hacer la revolución sin un ejército revolucionario, pero también es imposible sin resolver el problema urbano. No hay estrategia posible sólo con uno de los dos elementos. Decir que el ejército revolucionario solo es capaz de hacer la guerra del campo a la ciudad, no corresponde a la realidad. Si el enemigo coge el control

absoluto de las ciudades, donde vive el 75% de la población, nunca será posible derrotarlo, pues tendría inmensas posibilidades de recambio. Así que nosotros le damos mucha importancia al desarrollo de las formas de lucha urbana. ¿Qué pasa si metemos a un área de ésas a doscientos o trescientos guerrilleros, trasladándolos desde las zonas rurales? ¿Qué efectos tendría sobre las posibilidades de alzamiento popular? ¿Cuánta de la gente alzada que pelea junto a la gente armada se va a ir a engrosar el ejército revolucionario? Es con dinámicas de ese tipo que esperamos dar saltos de crecimiento cuantitativo. Las insurrecciones parciales, además de un efecto multiplicador y un efecto político nacional, también nos permitirían acrecentar a las fuerzas rurales. Esto lo hemos hecho en chiquito, en pueblos pequeños; aún no lo hemos hecho en Cali, en gran medida porque técnicamente es muy complejo, pero es factible hacerlo. Ello nos ligaría de manera muy estrecha lo rural con lo urbano, absolutamente indispensable para resolver el problema de la revolución, para resolver el problema de la masa crítica revolucionaria suficiente para que lo que se produzca sea un gran alzamiento que logre que, en realidad, el enfrentamiento sea menos sangriento y menos prolongado.

En lo militar, creemos que la guerrilla tiene que mantener una posición siempre ofensiva. Ése tiene que ser un espíritu, el propósito más importante de todo movimiento armado, una forma de verlo todo: la ofensiva. No pueden abrirse paso las concepciones defensivas, las concepciones de acumular en frío, las concepciones de que como el enemigo es muy grande y la guerra va a ser prolongada andemos muy despacio: así ayudamos a que sea más prolongada la guerra. Ofensiva, iniciativa, flexibilidad, déle para adelante, haga... ése para nosotros es el credo que ha funcionado siempre.

EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN

RJR. ¿Podrías referirte ahora a la trayectoria del M.19? ¿Explicar sus concepciones ideológicas y políticas? ¿Aclarar, por ejemplo, la importancia de rescatar el pensamiento de Bolívar?

ANW. El M-19 nació haciendo más que diciendo. Ha venido construyendo su perfil político a través de acciones grandes, porque pensamos que cien operaciones pequeñas no remplazan a una grande. Al M-19 se le puede mirar la historia a través de sus operaciones: se toma la espada de Bolívar y entonces define su posición nacionalista, no en un documento sino en una operación; después coge al sindicalismo vendido, al sindicalismo de la CIA y de la extrema derecha y juzga y ejecuta a José Raquel Mercado; después coge al gerente de una empresa, la Indupalma, y negocia el primer pliego de peticiones en que se consigue una victoria completa porque los obreros tuvieron fuerza para negociar; después el M-19 se propone armar miles de hombres y hace un túnel y saca 5 700 armas del cuartel militar de El Cantón; después el M-19 defiende los derechos humanos en la toma de la embajada de la República Dominicana. Ahí llama al país a luchar por la democracia, por una forma propia de hacer la revolución, a hacer la revolución con yuca y plátano, con el hombre colombiano, del cual Bateman decía que es el tipo que no deja que se lo coma el tigre nunca. Hay una cultura colombiana en formación, hay un hombre colombiano que por su propia historia de ciento cincuenta años tiene una forma particular de ser y hacer las cosas. El M encuentra eso y lo empieza a aplicar de una manera creativa pero con fuerza.

Nuestra historia está marcada por operaciones grandes. Y hay gente que nos ha dicho: “ustedes son medio irresponsables, medio locos, porque hacen cosas grandes y unas les

salen y otras no”. Pero esas operaciones grandes son las que han permitido que la revolución colombiana dé saltos. Las revoluciones se hacen por saltos, las revoluciones no son procesos continuos de crecimiento. Las revoluciones se hacen con brincos y los brincos los puede catalizar la vanguardia si es capaz de producir efectos políticos grandes en momentos determinados. El mejor ejemplo es la manera en que firmamos la tregua: en ese momento nos metimos diez días en un pueblo y se produjo una catalización del sentimiento popular hacia la guerrilla. Reivindicamos como una variable fundamental las operaciones grandes, que han sido nuestro instrumento político en el desarrollo de la revolución colombiana. Pero al lado del trabajo pequeño, paciente, de hormiga: las operaciones grandes no van a llenar por sí solas el espacio revolucionario; ellas producen saltos que se consolidan con el trabajo paciente y concienzudo.

Hablemos un poco de nuestra presentación ideológica y política. El M-19 rompió desde el principio con todos los esquemas de la izquierda tradicional. Estábamos hartos de oír cuentos del leninismo y del maoísmo y de todas estas cartillas, y de las divisiones internacionales y de los tres mundos y de los dos mundos. En Colombia todas las organizaciones de izquierda en ese momento estaban orientadas por diferencias internacionales y éstas no les permitían unirse: estaban los maoístas y los amigos de la Unión Soviética y los trotskistas y los albaneses. Y los colombianos, ¿dónde estaban? Por ningún lado. Entonces dijimos: usemos el marxismo como lo que es, un método, y vamos a hacerla a la colombiana. Nosotros nacimos asociados a ANAPO, que era un movimiento populista, y lo quisimos convertir en un partido de cuadros y nos tiramos en lo que quedaba de ANAPO, en la influencia nuestra en ANAPO. Nos quedamos con la bandera, eso sí, y con el prestigio de ser los continuadores de la obra aquella que quedó interrumpida en las elecciones del 19 de abril de 1970; pero con cosas concretas, no. Dijimos: miremos para afuera, salgamos al país. Una vez que fortalecimos un aparato militar, pequeño pero más o menos sólido, que nos permitió empezar a movernos y a actuar en política, empezamos otra vez a mirar para afuera. Empezamos a darnos cuenta de que el país real era absolutamente distinto al país de los manuales; a descubrir, por ejemplo, que la democracia es revolucionaria, que la reivindicación de una revolución nacional contaba con un enorme espacio dentro de la población colombiana.

Comenzamos a darle a lo nacional un contexto latinoamericano. Cogimos a Bolívar realmente: ya que trajimos la espada, leamos a Bolívar y entendámoslo. Trabajamos sobre lo que Bolívar había sido en el contexto político-militar en que se movió, sobre lo que podía enseñarnos el hombre que sufrió más derrotas, que llegó de derrota en derrota hasta la victoria final, que acababa de ser derrotado un año antes de que ganara la batalla de Boyacá en Nueva Granada. Y algo que enseña Bolívar es a no desfallecer a pesar de que usted se tropiece y cometa errores, como cuando tuvo que dejar las armas tiradas en la playa y tuvo que salir corriendo, montarse en un barco porque si no lo cogían, y devolverse derrotado donde Petion a decirle: “hermano, las armas que usted me dio se me quedaron ahí tiradas”. El tipo no se ponía a llorar y a hacer introspección, sino que, obviamente pensando para no hacerlo mal otra vez, se inventaba una cosa nueva. Y sobre inventarse una cosa nueva, y sobre mantener siempre la iniciativa, logró, por ejemplo, juntar a esa cantidad de caudillos de la Nueva Granada en un proyecto único que fue el proyecto de la revolución de su época. Pero también es el Bolívar antimperialista, el que ya empieza a ver el peligro que representa Estados Unidos; el Bolívar que intenta en el Congreso Anfictiónico de Panamá la integración latinoamericana, el que creó la Gran Colombia; el Bolívar de la visión de la gran patria latinoamericana que era superior a su tiempo. Allí empezamos a encontrar las

raíces de nuestra historia y de la historia de los pueblos latinoamericanos, una serie de elementos que hasta ese momento habían sido manejados sólo por las burguesías y las oligarquías. Manejados y deformados, pues habían transformado la guerra de independencia, de historia viva, en unas citas y en unas frías estatuas montadas en los pedestales. Entonces pasamos, de lo nacional, a una visión de lo latinoamericano.

Nosotros practicamos una forma muy especial de internacionalismo. Si hay una organización en América del Sur que ha tenido contactos con todo el mundo y ha ayudado muchísimo a revolucionarios cercanos, es el M-19. Sin fronteras. En Colombia han peleado peruanos, ecuatorianos, uruguayos, argentinos, chilenos. Uno de los proyectos que estamos impulsando hoy es el de un ejército bolivariano. Para nosotros es fundamental lo que está pasando en la cuenca del Pacífico de América del Sur, es decir, es Colombia, Ecuador, Perú y aun en Chile si se resuelve por dónde va a ser la vía, si armada o político-electoral (me parece que en Chile se ha avanzado muchísimo en entender que sin armas no hay nada y que además es posible la lucha armada y el triunfo militar sobre el ejército). Esa cuenca del Pacífico parece que será el nuevo pulmón de la revolución latinoamericana. Parece que por ahí pasa la solución al empantanamiento de la revolución en Centroamérica, en donde se ha llegado a unos límites debido a la fuerza del imperialismo y el pequeño tamaño de los países metidos en el conflicto. Creemos que los nuevos frentes que se están abriendo en la cuenca del Pacífico suramericano van a aportarle una esperanza, le van a dar oxígeno, a la revolución latinoamericana. Pero también creemos que la democracia y la lucha por la democracia es revolucionaria en América Latina.

La apertura democrática que estábamos exigiendo en Colombia no la quisieron aceptar el gobierno y la oligarquía, y de manera absolutamente miope obligan a una guerra civil para conseguirla. Son cosas tan simples, mecanismos de participación dentro del esquema de lo que podríamos llamar la democracia liberal, sin rebasarla, como que la gente participe de manera más directa en las decisiones que tienen que ver con su vida; mayor participación en la toma de decisiones económicas, mayor participación en el diseño de las políticas nacionales. Están muy lejos de ser el objetivo final de la revolución, pero no se pueden lograr sino mediante la lucha armada. Encontramos entonces que no hay necesidad de plantear los objetivos del socialismo. En cambio creemos que el proceso revolucionario es el proceso de ampliación de la democracia. Pongámonos objetivos democráticos, que la democracia por su propia dinámica produce una transformación de la sociedad. Es necesario que algunos de los logros de la humanidad, como las libertades de expresión, de organización, subsistan lo más que sea posible. Habrá que buscar la manera de preservar lo más que se pueda las libertades individuales en un proceso, eso sí, hegemonizado por el pueblo y por sus organizaciones revolucionarias. Me parece, además, que la democracia puede hacer más eficientes los servicios de lo que son en muchos países en donde han sido estatizados. No tenemos por qué andar todos por el mismo camino; debemos superar aquellas cosas que no han funcionado.

En el M-19 somos heterodoxos en todo. La nuestra es una estructura jerarquizada, pero procuramos que se establezcan las mínimas barreras posibles entre el dirigente y la base. Más bien somos hermanos. Enseñados por Jaime Bateman, creemos que lo que hay que hacer es estimular a la gente más que dirigirla; darle un marco de referencia y soltarla. Él decía: despertemos la pasión, pero despertar la pasión de las masas significa primero despertar la pasión de los compañeros. Además, en el M-19 no somos ateos; montones de gente del M-19 creen en Dios y nosotros no les enseñamos a no creer. Hay quien dice: “yo soy conservador, azul hasta el tuétano”, porque el Partido Conservador tiene una bandera

azul, pero es del M-19, porque además en nuestra bandera también está el azul, y está el rojo, de manera que también los del otro partido tienen su espacio. Las otras organizaciones guerrilleras establecen prácticamente una dictadura sobre las zonas campesinas. Nosotros, por el contrario, establecemos un gobierno democrático. En las ejecuciones de informantes y de chivatos somos sumamente cuidadosos, porque en la historia colombiana se ha matado a muchísimo inocente.

La democracia que vas a construir en el futuro tenés que empezar a construirla ahora, en las relaciones con las masas y también hacia adentro. La discusión interna entendemos que debe ser manejada con criterios democráticos. En el M-19 ha habido y sigue habiendo diferentes visiones sobre lo que hay que hacer, sobre todo con la táctica; hay diferentes valoraciones de los momentos políticos y de lo que hay que hacer en ellos. Siempre ha habido una gran discusión interna. Cuando estaba vivo Jaime Bateman, él era el gran sintetizador de la voluntad del M-19; por el carisma y la influencia que tenía tanto a nivel público como a nivel interno todo el mundo se sentía representado en él. Con la muerte de él, de Pablo, se abre un periodo distinto para el M-19 porque no había una personalidad con las mismas características, ni hacia el exterior ni hacia adentro. Yo pienso que Jaime Bateman es uno de los grandes caudillos latinoamericanos. Pablo era uno de esos líderes históricos que ha producido América Latina, era una personalidad excepcional. Y con su muerte se abrió un periodo difícil para el M-19: ¿cómo llenar ese vacío tan grande? Durante los años que lleva Pablo muerto ha habido como un proceso de selección natural en el desarrollo del M-19. Orgánicamente, a Pablo lo reemplazó un colectivo que reconoció el Congreso de Los Robles al crear un Mando Central, la unión de cinco compañeros que eran capaces de sintetizar al M-19, con uno que es el mejor de los cinco: Fayad. Es una dirección colectiva que surgió de un proceso de selección natural mediante la gente que iba llenando espacios.

Y es esa selección la que va produciendo un grupo que se encuentra además con una cosa tremenda: si hay un valor absoluto en el M-19 es la unidad entre los componentes de todas sus instancias. El que se oponga a la unidad del M-19, por cualquier camino que se oponga, queda solo. Si uno de los cinco miembros del mando central decide hacer capítulo aparte, queda solo; se irá él con dos amigos más. El sentimiento unitario dentro del M-19 es tan fuerte porque la historia toda del M-19 es la historia de la lucha por la unidad, y no sólo por la propia sino por la unidad del movimiento guerrillero. Qué tan grande será el sentimiento de unidad que el M-19 supera la muerte de su dirigente histórico sin dividirse; supera el relevo de Iván Marino Ospina (quien por jerarquía sucedió a Pablo) por Fayad, sin dividirse. Y eso porque entre nosotros las jerarquías no son por antigüedad o por pergaminos sino por evaluación sobre los resultados, y según la evaluación nuestro mejor cuadro era Fayad y por tanto tenía que ser el número uno; eso lo aceptó Iván Marino, algo que no ha sido frecuente en las organizaciones revolucionarias de América Latina. Pablo nos enseñó lo que era el método de Bolívar: cuando los problemas estaban muy graves por diferencias internas, en vez de sentarnos a discutirlos Pablo se presentaba con un proyecto global que nos atraía a todos hacia el futuro. Así se resolvió el gran problema que tuvimos con sectores que venían de la izquierda tradicional (además, dentro de una discusión que fue muy rica) cuando decidimos adoptar definitivamente la lucha por la democracia: lo que más ayudó fueron las tareas políticas globales hacia fuera. Siempre miramos más hacia afuera que hacia adentro, y ésa es la gran fuerza del M-19: en la medida en que es eficaz hacia afuera, los problemas internos se resuelven con sorprendente facilidad. Pero no hagamos historias rosas: las diferentes visiones cobran importancia en las discusiones

internas.

La dirección del M-19 es una dirección real. La produce un mecanismo de evaluación que hace que la dirección sea reconocida; en ella no hay nadie que no tenga realmente liderazgo en el M-19, que haya llegado ahí por amistad o por procesos históricos o cosas de éstas. La dirección es una dirección real que tiene una enorme influencia sobre la estructura interna. Pablo tenía esa influencia y ahora la tiene la dirección colectiva, la síntesis que es el Mando Central: en las cinco personas que lo componen está el M-19 real, y eso le da la posibilidad de que la discusión interna sea muy amplia, rica y pública. Nosotros somos la organización con menos secretos que hay en Colombia, todo se sabe. Somos además muy flexibles para que la gente capaz que llegue y empiece a hacer cosas, ascienda en la estructura. El cuadro más promisorio que se perdió en el Palacio de Justicia fue Alfonso Jacquin: él empezó a militar en 1981 y prácticamente era miembro del Comando Superior, porque el negro era un tipo capacísimo, carismático, buen analista, buen militar, y en la medida que entró y empezó a demostrar que era bueno pasó al lado de gente que le llevaba diez años de ventaja militando. La dirección es una dirección real donde la lucha contra la burocracia por dentro sí es una lucha absoluta, porque, siendo una organización chiquita, si nos burocratizamos estamos jodidos. Ésa es una lucha contra una serie de deformaciones que terminan por debilitarte tremendamente. En eso sí hemos sido muy incisivos siempre, en que no haya lastres históricos en la estructura de la organización. Y eso nos ha permitido la frescura y el movimiento y todo eso.

RJR. Para concluir, ¿puedes referirte al avance del proceso unitario?

ANW. Nosotros hemos elevado la unidad a la categoría de estratégica. Para nosotros, pueblo, armas y unidad son las tres variables estratégicas. Y unidad, porque es evidente que en Colombia ninguna organización revolucionaria sola tiene la posibilidad de hacer la revolución. La unidad por un camino revolucionario correcto es absolutamente necesaria. Obviamente, la definición de cuál es ese camino revolucionario correcto es lo que ha producido que haya tantas organizaciones revolucionarias. En Colombia hay ocho organizaciones guerrilleras.

El proceso de unidad colombiana quien más lo ha propiciado ha sido el enemigo. Por ejemplo, en 1981 el gobierno de Turbay Ayala le ofreció al movimiento guerrillero una amnistía inaceptable, una amnistía que significaba la rendición de la guerrilla. Automáticamente, sin que los revolucionarios hubiéramos hablado, todos le dimos una sólida respuesta militar a Turbay, a su amnistía, y la hundimos. Era tan obvia la necesidad de la respuesta de fuerza del movimiento guerrillero, que todos coincidimos en una campaña de seis meses que fue la más grande que se había hecho hasta ese momento. Y nos puso a pensar en la eficacia, por lo menos, de la coordinación. En el periodo previo a la tregua se realizó la primera cumbre guerrillera M-19-FARC, pero después no se consolidó el acuerdo común. Luego vino la negociación de la tregua, y si hubiéramos negociado conjuntamente habríamos conseguido más de lo que obtuvo el movimiento revolucionario. Infortunadamente no fue posible y en el periodo inicial de la tregua hubo más división que unidad. Por un lado estuvieron las organizaciones que no firmaron los acuerdos, especialmente el ELN; por otro, las que sí firmamos pero por separado: las FARC por un lado y el EPL y el M-19 por otro. Pero ya ahí hubo algo nuevo: dos organizaciones guerrilleras se juntaron aunque fuera para firmar: el M-19 y el EPL. Ése fue un primer acto unitario de importancia política, el enfrentamiento conjunto a un periodo político de dos movimientos guerrilleros supuestamente tan disímiles como el EPL y el M-19.

Cuando la tregua se fue degradando, cuando el proceso de paz fue llegando a la necesidad

de enfrentar otro periodo de guerra, nos empezamos a juntar casi todos. Nos fuimos encontrando: el que no firmó, como el ELN, y creció con la gente que no estaba de acuerdo en hacer pactos con el gobierno; las organizaciones nuevas que aparecieron durante el periodo de tregua; y los que sí firmamos y aprovechamos el espacio de legalidad que nos prestó el momento político para estrechar nuestras vinculaciones con las masas y fortalecernos, pero que habíamos llegado a la conclusión de que el periodo estaba terminado. Otra vez, la actuación del enemigo, de la oligarquía —que convirtió el proceso de paz en una gran trampa y en un mecanismo para tratar de justificar una guerra, que nos obliga a meternos a la guerra— es lo que nos va uniendo. El paro cívico nacional del 20 de junio de 1985 permitió la coincidencia de todas las organizaciones guerrilleras, en la necesaria tarea común de impulsarlo para garantizar su éxito. En las reuniones previas al paro comenzó a plasmarse una instancia que se llamó Coordinadora Nacional Guerrillera, que sirvió para discutir y coordinar. A partir de allí empezó a cambiar el molde de dispersión del movimiento guerrillero colombiano. La Coordinadora Nacional Guerrillera agrupa a todas las organizaciones excepto a las FARC, porque sigue en tregua y su visión de lo que hay que hacer en el momento político la aleja de los objetivos tácticos de la CNG.

El primer nivel, la primera forma de esta unidad es la coordinación. Pero en Colombia, en las zonas de importancia, hay dos o tres organizaciones guerrilleras. En el Valle y el Cauca hay tres: las FARC, el M-19 y el Quintín Lame. En Antioquia hay cuatro: las FARC, el M-19, el ELN y el EPL. La verdad es que no hay territorio en el cual se mueva una sola organización, sino que unas están encima de las otras, operando en la misma zona, sobre la misma población civil. Esto ha permitido que, a medida que la unidad guerrillera comienza a consolidarse al nivel de las direcciones, la gente para pelear se integre ya con un mando único. Y hay nuevos desarrollos; por ejemplo, el propósito del M-19 y el EPL es formar una sola organización con un solo mando. La unidad guerrillera hoy está más avanzada que nunca, y esa unidad es la solución para el salto estratégico de la revolución colombiana. La unidad guerrillera es la que va a permitir que el salto estratégico que se está dando se consolide, y cambien las condiciones de guerra y las condiciones revolucionarias del país en general, porque alrededor de la unidad guerrillera se está produciendo también la unidad de los movimientos de masas relacionados con las guerrillas. Es un salto de calidad que se está produciendo de manera más rápida de lo que cabría esperar de un proceso tan nuevo.

Creemos que las FARC van a formar parte, tarde o temprano, de la CNG. Y entonces podremos hacer el Frente Simón Bolívar de Liberación Nacional, que es el objetivo de todo este proceso. Pero no queremos hacer el Frente sin las FARC, porque al fin y al cabo las FARC son la guerrilla individual más grande del país, por lo menos numéricamente.

En fin, la unidad guerrillera y la unidad revolucionaria y la unidad del pueblo no sólo deben impulsarse en el país. El ejército bolivariano, como un ejército que representa la voluntad de los pueblos de Bolívar —de Colombia, de Ecuador, de Perú, inicialmente—, es una necesidad frente a la unidad de la oligarquía: frente a la unidad de sus ejércitos debe haber una unidad de los pueblos y de las vanguardias, al menos en el área del Pacífico, el área bolivariana. Y estamos impulsándola realmente. Con los compañeros de Alfaro Vive, del Ecuador, hemos borrado las fronteras. Son dos pueblos hermanos, con un origen común, con una enorme cantidad de similitudes. El sur de Colombia es igualito al Ecuador en todo, en el acento, en la cultura. Esa identidad de los pueblos se ha plasmado en una identidad político-militar con los compañeros de Alfaro frente a la cual no hay fronteras. Ellos representan lo mejor de la vanguardia ecuatoriana y saben que en Colombia cuentan con hermanos que están dispuestos a luchar junto con ellos. Y así lo estamos haciendo.

Consideramos que no hay fronteras entre Colombia y Ecuador. Somos una gran patria. El ejemplo de Bolívar, que con un ejército de venezolanos, de colombianos, de ecuatorianos, liberó cinco países, es un ejemplo que está vivo y que hay que rescatar.